



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

WIDENER



HN LGWR 7

5 A L 4456, 1.4

Harvard College Library



FROM THE FUND

FOR A

**PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS**

ESTABLISHED 1913

SAL 4756

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Calandria

COSTUMBRES CAMPESTRES



BUENOS AIRES

IVALDI & CHECCHI

635 Artes 635

1898

CALANDRIA

2291
15

DEL MISMO AUTOR

RECUERDOS

de la

TIERRA

Ilustraciones de Malharro, del Nido y Fortuny

SUMARIO:—La maroma cortada.—La minga.—Parando rodeo.—El chasque.—El curandero. La creciente.—El sargento Velazquez.—Juvenilia —Chabaré.—Junto al fogón.—Cayó el matrero. —Mama Juana.—Capturar?—La cojita.—La partida —Tristezas.—El hogar en ruinas.—Vocabulario razonado de voces indígenas y modismos locales.

EN PREPARACIÓN :

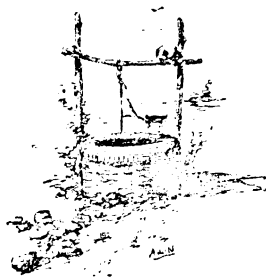
MONTARAZ—Cuento del Pago.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Calandria

COSTUMBRES CAMPESTRES

Ilustraciones de A. del Nido



BUENOS AIRES
IVALDI & CHECCHI

635 Artes 635

1898

1.4

HARVARD COLLEGE LIBRARY

DEC 24 1915
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

DEC 24 1916

Á LA MEMORIA DE MI PADRE
EL CORONEL
MARTINIANO LEGUIZAMÓN
QUE ME ENSEÑÓ Á CONOCER
EL ALMA NOBLE Y SENCILLA
DE NUESTROS GAUCHOS



ADVERTENCIA

No obedezco á un sentimiento de vanagloria al reproducir,—como prólogo de esta obra,—un extracto de los principales juicios que ella mereció de la prensa rioplatense; estimo por el contrario necesaria esa documentación crítica para justificar que no fué frívolo el pensamiento, ni estéril la tentativa de llevar á la escena el modesto pero verídico boceto de costumbres campestres, en que he procurado evocar con toda fidelidad algunos rasgos del alma nativa del gaucho de la tierra argentina, que ya no va siendo más que un recuerdo.

M. L.



JUICIOS CRÍTICOS



He ahí un drama—mejor dicho—una pieza dramática nacional,—que casi sin anuncio llevó ayer al teatro de la Victoria, donde actúa la compañía criolla de los hermanos Podestá, un público numeroso y selecto. Transcurrieron entre aplausos los tres actos de que el drama se compone, y en ellos vimos desarrollarse la vida de un matrero entrerriano, de un gaucho de Montiel, amante de la libertad, celoso de ella, pero incapaz de hacer daño y pronto á «volver á la huella» del trabajo, que huye de la sujeción y se burla de cuantos á ella quieren reducirlo por medios violentos.

La bondad lo vence, hace con él lo que la fuer-

za y la persecución no pudieron lograr, y doblegado por la bondad se ata por voluntad propia al yugo de la civilización—que es yugo al fin para los hombres de las selvas. Si el Dr. Martiniano Leguizamón, autor de la obra, hubiera tratado de hacer un drama *à thèse*, no podría haber elegido asunto mejor entre nosotros que solíamos civilizar indios y gauchos á tiros, cuando no haciéndolos voluntarios á la fuerza en los cuerpos de línea.

Y con eso, una serie de cuadros llenos de ingenua amenidad, «con olor á campo», realistas sin grosería, gauchos sin sangre: bailes y carreras, vidalitas y tristes, una *huella* henchida de recuerdos de antaño y de color local...

Pero... No es ésta una obra dramática perfecta: es un lazo de unión de lo que se llamó teatro nacional, con el verdadero teatro, es un hermoso esfuerzo digno de un amante de las cosas de la tierra, como lo es el Dr. Leguizamón.

Y no se crea por eso, que el público no hallará en *Calandria* lo que en el teatro busca. Al contrario, lo hallará, hasta desperdiciado, porque justamente el autor es debutante, ha arrojado á ma-

nos llenas su pensamiento, sin atender al efecto, guiado solo por su afán de verdad. De lo que resulta una obra tan nacional, hasta tan entrerriana, que no queda detalle suelto, sin que llegue tampoco á la fotografía, porque la misma sinceridad ha desdeñado lo que sobra.

—¿Tanto?

—Tanto y más. En esa comedia—optamos al fin por llamarla así—hay una pintura exacta de nuestra nacionalidad, hecha para corregir, al mismo tiempo que para ser verdadera. Y es cosa de ver, cuando nos agolpamos durante años enteros á ver sainetes sólo tendentes á describirnos costumbres de países extranjeros. Allí está nuestro país.

La Nación, Mayo 22 de 1896.



Al fin ha subido á la escena una verdadera producción nacional en que se ha caracterizado, con precisión y verdad, al gaucho matrero, exhibiéndolo en el medio ambiente que le corresponde.

Calandria, de Leguizamón, no es el peleador de policías de Hernández, tan bien retratado en *Martín Fierro*, ni es el tipo convencional con que Eduardo Gutiérrez llamó la atención de Buenos Aires, presentando su *Juan Moreira* y todos sus derivados; es un tipo especial, mezcla del gaucho filósofo de Ricardo Gutiérrez y del agudo y decididor de Estanislao del Campo, vaciado en un molde verdadero, preparado á fuerza de estudio y de observación por un hombre que tiene cerebro de poeta y siente, tal como es, la vida de nuestros hombres del campo.

La producción de Leguizamón no deja en el espíritu ningún sabor amargo, ni despierta pasiones que la cultura acalla; no es el hálito de la vida salvaje: es una fotografía instantánea que reproduce paisajes y costumbres y perfila caracteres cuyos lineamientos dibuja el mismo espectador.

El protagonista es un personaje histórico y casi todos los entrerrianos *de cierta edad*, residentes en Buenos Aires—Montes, Spangenberg, Sobral (Enrique, Domingo y Manuel), Cigorraga, Peyret Grané, Barroetaveña y Berduc, sus cole-

gas, Fernando mi hermano, Naveira y cien otros que andan por ahí—lo han conocido y si lo vieran en el teatro, barajándose con el comisario *Mazacote*, con *el Boyero* y con *ño Damasio* el trenzador, les parecería hallarse allá en las quebradas de Entre-Ríos, en aquellos tiempos en que en los grandes centros agrícolas de hoy, había todavía gauchos y ranchos, y en que se cantaban tristes y se tocaban pericones en la guitarra.

El teatro de la Victoria, cuya construcción fué iniciativa y esfuerzo de un literato entrerriano, era anoche un pedazo de Entre-Ríos, pues toda la colonia se hallaba en palcos y platea, gozando con los cuadros que, como un silforama, pasaban ante su vista. Aquél era el gaucho de su tierra, aquél era *Calandria*, el travieso, el alegre, el que no mataba ni robaba, sino que, vagando de rancho en rancho, gemía sus penas en la guitarra y enamoraba muchachas en los bailecitos.

El autor, como lo merecía, fué llamado á la escena y aplaudido con calor y entusiasmo: sus comprovincianos aplaudían en él al mago que en un momento los había llevado al terruño...

FRAY MOCHO.

Tribuna, Mayo 23 de 1896.



Anoche—después de tantos dramones y tantos adefesios horripilantes como nos ha sido dado soportar,—hemos tenido al fin la suerte de oír algo, que sin ser propiamente un drama, pues le faltan los pasajes emocionantes que caracterizan ese género de producción literaria, es un cuadro vivo, tomado del natural, arrancado de las sombrías espesuras de las selvas entrerrianas, é incrustado en la escena del teatro de la Victoria, por un joven que conoce la existencia nómada y las costumbres típicas de nuestros gauchos, que escribe con corrección y naturalidad, dando al idioma los giros propios, salpicados de las comparaciones y epítetos criollos que usan nuestros paisanos, pero sin perder al pasar por su pluma los colores y los matices, que en sus labios son tan gráficos, exactos y pintorescos. El Dr. Martiniano Leguizamón, autor de la pieza que motiva estas ligeras consideraciones, se demuestra en ella un observador penetrante y sagaz, capaz de escribir algo, dentro de lo nacional, que puede llegar á ser americano y hasta universal. Tiene condiciones salientes para abordar el teatro, y

su primer ensayo pone de manifiesto elevadas tendencias artísticas; se ve que ha tomado el arte bajo su faz seria y no como un diletantismo banal ó un simple pasatiempo fugaz.

Aunque el fondo de la obra lo constituya el gauchó, lo ha colocado á una distancia inmensa de esos tipos sanguinarios y brutales como *Juan Cuello* y *Juan Moreira*, que no perdían ocasión de asaltar policías, matar soldados, perseguir patrullas enteras, armando continuas trifulcas con la autoridad y con los pacíficos habitantes de la campaña y que muy pobre idea dan de lo que se ha dado en llamar *dramas nacionales*.

Esos engendros, así denominados, no representan hasta ahora sino una tendencia retroactiva, como es la de presentar tipos de peleadores y de asesinos como gauchos verdaderos, desnaturalizando de este modo al *típico* que era noble, desinteresado, laborioso, enamorado y cantor, cuya personificación más alta y genuinamente legendaria es *Santos Vega*, el payador.

Calandria, el protagonista del drama, es uno de los tantos matreros que todavía pululan en los bosques de Montiel, libres, arrojados, auda-

ces, perseguidos por las policías y que se burlan de ellas, pero que no matan por el placer de matar, y no detestan el trabajo, pues se les ve asistir en grupos á las yerras, á las esquilas y demás labores del campo, siendo los más diestros en manejar el lazo, bolear un avestruz y arrojarse de un brinco sobre un bagual en pelo.

Calandria enamórase de una muchacha llamada la *Flor del Pago*, y decide robarla. En el momento en que va á poner en práctica su resolución, es sorprendido por la autoridad y por sus amigos, que vienen á presentarle el indulto, conseguido del gobierno por uno de ellos.

Ante este desenlace inesperado, el gaucho incrédulo, queda sorprendido é indeciso. Pone el pie en el estribo para alejarse y volver á vagar por los matorrales y las selvas solitarias. Sus compañeros le piden que se quede, que abandone la vida aventurera, que se case con la *Flor del Pago*, y entonces, escuchando las súplicas de su bella prometida, «¡me han vencido!» exclama, y arrancando el puñal de su cintura lo arroja lejos de sí.

Este desenlace no parece á primera vista ni natural ni lógico, sobre todo entre nosotros, don-

de las persecuciones son tenaces, constantes, sin conmiseración, y por lo común no cesan hasta capturar al perseguido, encajarlo en un batallón de línea ó ultimarle á balazos! Pero es natural y lógico si se le juzga con el criterio de los pueblos adelantados. El gaucho generalmente es bueno; se hace ladrón, pendenciero y sanguinario cuando se le acecha y se le persigue sin motivo; entonces es capaz de todas las bajezas y de todas las villanías. El Dr. Leguizamón, en vez de lanzarlo de nuevo al camino del mal, ó hacerlo morir, degradándolo, lo vuelve á la senda del bien para redimirlo, convirtiéndolo de un instrumento rebelde para la humanidad, en un instrumento dócil, de civilización y de progreso.

La serie de cuadros y escenas campestres que constituyen el drama del Dr. Leguizamón, tienen el sabor de la tierra, con sus trovas, sus payadas de contrapunto y sus bailes característicos; hay verdadero color local, notas típicas, en esas escenas criollas, animadas y vívidas, que han transportado por un momento nuestra memoria á los días inolvidables de aquella vida apacible y serena, pasada en la Mesopotamia Argentina,

á orillas de los ríos superiores ó bajo la fronda de los bosques rumorosos, donde Olegario Andrade entonó sus primeras estrofas resonantes y lanzó al viento sus primeros himnos de gloria.

LUIS BERISSO.

La Nación, 24 de Mayo 1896.



Calandria es una obra completa, que sintetiza en su primera escena toda una faz de nuestra vida nacional en su primero y largo período, que se desenvuelve naturalmente en el curso de su triste argumento y que termina con la conjunción de dos épocas, hermosa y sencillamente sintetizada en aquel gaucho matrero que se entrega al trabajo.

Por eso la reputo una obra completa, dentro de nuestro teatro nacional, porque es reflejo fidelísimo de una época y porque, si no tiene el interés de pasiones personales, que en *Calandria* concurren, sin embargo, á su desenlace lógico, tiene todo el interés que esa misma época despierta.

Calandria pudo malograrse en otras manos, pero felizmente lo alzó en las suyas quien, con raro y feliz acierto, ha sabido presentárnoslo de la manera correcta en que acabo de verlo. No hay en él exageraciones ridículas, no hay convencionalismos exagerados; ni siquiera torpezas de lenguaje en que se pudo caer, dado el medio en que su autor se colocaba y los elementos que debía mover.

Sin llegar á pulcritudes inadecuadas, el Dr. Leguizamón ha sabido elegir frases y modismos que, sin quitar ni poner intenciones, dan calor, relieve y colorido propio, exactísimo, á todas la situaciones de su drama.

El argumento de éste cabe holgadamente en pocas palabras: un hombre bueno, un gaucho honrado, valiente y leal, á quien la *autoridad* toma «entre ojos», y lo obliga á huir, á perderse en las selvas entrerrianas, viviendo apenas la vida del salvaje que roba para comer; pero la civilización y el progreso suavizan á la brutal *autoridad* que, de perseguidora, se torna en protectora del gaucho honrado y noble, y éste, á su

amparo, se entrega tranquilo á las gratas tareas del trabajo que enaltece.

La forma en que el drama es presentado,—lo he dicho ya,—la conceptúo excelente, no mereciendo por mi parte más reproche que el que me ha sugerido la personalidad—por otra parte magistral,—del viejo trenzador, en quien el Dr. Leguizamón ha recargado un poco la facultad de comparar cuanto ocurre ante sus ojos, con los cuadros que ha podido observar en la naturaleza.

Es innegable que nuestros gauchos tienen y lucen un gran espíritu de observación que les permite matizar sus conversaciones con comparaciones felicísimas, pero...—discúlpeme el Dr. Leguizamón, ante cuyos conocimientos de la vida campestre me declaro el más acabado *cajetilla*, —pero, decía, está exagerado en el viejo trenzador.

Como recursos teatrales es también discreto, no mereciéndome censura más que el cuadro de los paisanos aquellos que, mientras las *muchachas* se visten para el baile, la emprenden con un *contrapunto* sin más objeto que llenar un

claro que pudo salvarse sencillamente con un buen párrafo de conversación entre esos gauchos y el delicioso viejo trenzador.

Como procedimiento para ofrecer un canto popular, es pobre, fuera de que es innecesario, porque en la escena del baile, tan admirablemente tratada, tiene campo de sobra el autor de *Calandria* para presentar contrapuntos, vidualitas y tristes.

Fíjese el Dr. Leguizamón en los dos únicos defectos (?) que le apunto en su hermosa producción, y corríjalos, que con ello ganaremos todos, y digo ganaremos porque me prometo volver á ver una y varias veces *Calandria*, de la que yo podría decir, si fuera amigo de metáforas, que es un tramo de oro hacia la creación definitiva de nuestro teatro nacional.

ENRIQUE DE VEDIA V.

Tribuna, Mayo 27 de 1896.



No creíamos en el teatro nacional; jamás hubiéramos pensado que una evolución favorable podía presentarse á resolver el difícil problema de su institución, abriéndose paso, con su avasalladora fuerza, por entre la multitud de amaneramientos y exageraciones de que habían llenado sus obras algunos escritores rutinarios,—y dando nacimiento al criollo bueno y sencillo, al verdadero gaucho civilizado, al hombre noble del campo, hijo de la libertad y dueño absoluto del desatado pampero que desafía sus viriles fuerzas, y de la suave brisa que acaricia dulcemente su faz tostada por el sol.

El tradicional habitante de nuestros campos de altos sentimientos y corazón de oro, en medio de su ingénita rusticidad, aparecía en casi todos los dramas criollos que han desfilado por nuestros escenarios, fundido en el crisol del salvajismo y esclavo impotente de instintos criminales. Se creía retratar fielmente la realidad de la vida libre y tranquila de los campos y penetrar con acierto en el mundo crepuscular de los sentimientos, pero como no reparaban los autores en la exactitud óptica de la lente, esta-

ban en sus obras horriblemente confundidos los caracteres y se chocaban á cada paso en la misma persona el espíritu noble, ingenuo y generoso, con los instintos de una fiera de maldad.

Y el gaucho no era ése, aunque así lo pintaban. Envolvían al pobre nativo en una enviciada atmósfera de odiosidades, y á su solo nombre se rebelaban los nervios, como si se tratara del ángel de la muerte ó del mismo diablo. Ignorante, á pesar de su viva inteligencia innata y sin cultivo; bueno, no obstante la envidiable libertad que lo convida á desterrar la bondad del diccionario de las cualidades humanas; altanero con esa altanería simpática que vegeta sin orgullo ni egoísmos... así es el gaucho, y así es *Calandria*, el valiente matrero trasportado con talentosa naturalidad al teatro por el doctor Martiniano Leguizamón.

Aunque «matrero» es para casi todos sinónimo de «malhechor y desalmado», *Calandria* es un buen muchacho que no hace mal á nadie y que anda errante, sin rumbo fijo, por lo mismo que adora la libertad y que considera al mundo muy chico para contener la vida que lo anima.

Verdadero prototipo de la nobleza de alma criolla, permanece invariable en todo el mecanismo argumental del drama.

La policía, ó mejor dicho, la *justicia*, lo persigue sólo por ser matrero: *Calandria* cae á un piquete de lanceros y sufre en silencio, resignado, la pena del cepo de lazo á que lo han condenado. Un hombre repleto de bondad, otro *buen gaucho*, el sargento Flores, le brinda su amistad y su ayuda, desinteresadas, y promete defenderlo en todo terreno, como á compañero y como á semejante privado de libertad.

El capitán Saldaña necesita buenas lanzas y cree encontrar en *Calandria* un contingente provechoso. Lo incita á que lo acompañe y el matrero vacila: acepta al fin y queda como asistente suyo. Pero él quiere ser libre, reaparecen de súbito sus sentimientos, y cuando en un bayo parejero vá á buscar la leña que le han ordenado traer, clava su lanza en el suelo, la rompe en dos, tira al fogón las astillas diciendo: *¡Ahí la tiene!*... y dando vuelta á su pingo dispara por los campos en pos de su perdida libertad.

Van detrás de él, reventando caballos, el capi-

tán y los soldados; pero *Calandria* se burla de sus perseguidores, y ciego de resolución, firme en su propósito, tapa con el poncho la cabeza del bayo y se tira al fondo de la barranca de un arroyo que ha encontrado á su paso!

Ningún rancho encuentra en su camino. Llega á una derruída tapera, se apea fatigado y sudoroso, y se inclina devoto ante una cruz que está frente á los escombros. Recuerda sus desgracias, sus continuas penurias y vicisitudes, y dice, con un tono lastimero que hiere el alma, este genial modernismo criollo, de subido efecto dramático:

*¡Si el que no nació pa el cielo
al ñudo mira pa arriba!...*

...Pero *Calandria* está enamorado. La *Flor del Pago*, una hermosa morocha que disputa á las flores silvestres y á los aires puros del campo sus bellezas, ha flechado su corazón y encendido en su pecho el vivo fuego de una pasión inmensa, que crece y se desarrolla entre alegres cantos de zorzal y delicados perfumes de trébol.

Y siempre la policía lo persigue; le propone

entonces la fuga á la dueña de sus amores y ella, que al principio se resiste, cede al fin, en el preciso momento en que una partida de hombres emponchados y que ocultan debajo el uniforme militar, desata su caballo y se apodera de él. ¿Qué hacer en tan triste y crítica situación? Obedece al deseo de su amada, y salta por una ventana para escaparse á merced de la suerte... pero se encuentra con amigos fieles en vez de los enemigos de antes.

¡Qué felicidad para el pobre *Calandria*! Recibe su indulto de manos del flamante mayor Saldaña, y, como quien conversa *in mentibus* con quiméricas visiones, oye de él mismo el cuento de su afortunado cambio de vida, su resolución de aceptar el puesto de mayordomo de una gran estancia; y el matrero de otros tiempos, el perseguido por la policía, el noble y valiente *Calandria* se va á trabajar á su lado.

Y en el momento psicológico de la redención del matrero, cuando él mismo proclama en voz alta y emocionada, que *Calandria* ha muerto y que lo reemplaza el gaucho trabajador, regala á su salvador y futuro padrino las joyas más pre-

ciadas que siempre lo acompañaban: su caballo, y su apero de plata. ¡Honrado final de una vida sin atractivos, llena de azares y penalidades, é inauguración feliz de una nueva era de prosperidad y regeneración!...

El doctor Leguizamón ha creado el verdadero gaucho en el teatro nacional y debe enorgullecerse de haberlo conseguido cuando tan poca fe se tenía en la pureza y legitimidad de las obras criollas.

ALFREDO VARZI.

El Tiempo, Mayo 28 de 1896.



El teatro de la Victoria ha estrenado un drama nuevo, original del doctor Martiniano Leguizamón, y una vez más se ha puesto á prueba el talento y la habilidad de los Podestá, los artistas inimitables en su género, de quienes dijo Novelli que habían alcanzado una perfección, en la copia de lo natural, que era verdaderamente sorprendente. En el drama del doctor Leguizamón se ha

ratificado la autorizada opinión del eximio maestro, pues con una facilidad asombrosa se han adaptado á los nuevos caracteres con que el autor ha presentado sus gauchos, tan distintos de los convencionales que hasta hoy hemos visto calcados sobre el *Juan Moreira* del malogrado Eduardo Gutiérrez.

El gaucho de Leguizamón es real y positivo, es el que cualquier observador encuentra en nuestras campañas lejanas; y los entrerrianos residentes en Buenos Aires que han conocido á *Calandria*, el protagonista, y que habían acudido al teatro llenando palcos y platea, lo han saludado creyendo verlo en sus buenos tiempos, y han aplaudido con frenesí al autor y á los actores que con tanta verdad traían ante sus ojos cuadros de la vida que todos habían vivido.

Aquel teatro, hijo de Onrubia, era un pedazo de la provincia en los tiempos del setenta, como llaman allí á la era de las revoluciones que empaparon en sangre la tierra generosa. Aquellos paisajes, aquellas chinás, aquellos gauchos y aquellos tristes, todo, era Entre-Ríos palpitante de verdad y de sentimiento!

Estaba allí, ante sus ojos, el terruño lejano pero no olvidado, y hombres graves y fríos como el doctor Querencio, que mirábamos en un palco, tenían los ojos brillantes, el rostro encendido y permanecían absortos ante el verídico relato de sus desgracias, hecho por el protagonista, en la escena aquella en que la llegada del capitán Saldaña es anunciada por el grito melancólico del chajá, el vigilante centinela de los pajonales y de las lagunas. Aquel cuadro es típico y magistral, revelando en él Leguizamón sus sobresalientes cualidades de colorista, que tan de relieve se ven en el acto segundo, que es una maravilla de observación.

Calandria no es el peleador de policía, ni el prototipo del criminal poetizado por la leyenda. Es el hombre de nuestros campos, sobrio y trabajador, cuyo único delito es consagrar sus ratos de ocio al buen humor, á la alegría y á la travesura picaresca, pero no maligna, jugada á aquellos lugareños que, sin más bagaje que el que él posee, se improvisan personajes ante su propia conciencia.

Damos aquí el retrato del protagonista del

drama, que nos ha sido cedido por Fray Mocho, quien á su vez fué obsequiado con él por el doctor Leguizamón hace algunos años: es una fotografía tomada en la cárcel del Uruguay en 1876, en una de las tantas veces que *Calandria* purgaba en ella alguna de sus bromas; y según opiniones autorizadas, es éste un retrato de notable parecido.

Al autor de *Calandria* nuestras más expresivas felicitaciones, y que no sea esta su última producción, sino la portada del gran álbum que algún día se llamará el Teatro Nacional.

Fox.

Buenos Aires, Mayo 31 de 1896.



Anoche vimos el teatro Victoria henchido de gente, atraída por las proezas de *Calandria*, por las gracias criollas del *viejo trensador*, las sentencias del sargento Flores y los cantares de la *Flor del Pago*.

Todos los palcos estaban ocupados por fami-

lias conocidas, el paraíso repleto, la platea sin un asiento vacío; tanto, que puede decirse que el éxito de la obra de Leguizamón sigue aumentando en vez de disminuir.

Así lo suponíamos la noche del estreno, cuando vimos aquellos cuadros tan llenos de color y de vida, arrancados del natural para llevarlos al teatro; tan atractivos, tan nuestros, que el que ha ido una vez á verlos vuelve la siguiente noche y descubre aún nuevos detalles pictóricos, vigorosamente trazados de una sola pincelada.

El interés del público se mantiene en suspenso desde el principio en que aparece *Calandria* estaqueado en el campamento hasta el final, en que después de los azares de una vida aventurera, vida de matrero que huye de la policía y la burla, apenas se presenta la ocasión, vuelve al trabajo, redimido por todos los que lo quieren.

La obra, que rompe con la tradición de sangre de los dramas *criollos*, constituye el mayor éxito que hasta hoy se haya visto en esa clase de teatro, que puede considerarse como una rama —y no la menos interesante,—de nuestro *folk-lore*.

Allí se palpan las costumbres argentinas de la

época en que el gaucho era dueño de la Pampa y de Montiel, y si á eso se une la moralidad del propósito y la excelente pintura, claro es que *Calandria* vivirá cantando mucho tiempo aún.

La Nación, Junio 1º de 1896.



Señor doctor Martiniano Leguizamón:

Mi estimado amigo:—Anoche, al salir del teatro, lo busqué para felicitarlo una vez más por el éxito de *Calandria*.

No tuve la suerte de encontrarlo, y por este motivo me apresuré á dirigirle la presente, con el objeto de expresarle la satisfacción que experimento en presencia del triunfo obtenido por un amigo que tanto aprecio, al cual estoy vinculado por los más gratos recuerdos de la primera juventud, y cuyo porvenir literario siempre me ha inspirado verdadera confianza.

En el brevísimo diálogo que anoche sostuvimos, al encontrarnos en uno de los pasillos del

teatro, le manifesté que sólo algunos días antes había tenido conocimiento de que esta comedia era escrita por Vd., y que tal circunstancia explicaba mi ausencia en las representaciones anteriores.

Voy á explicarle la causa de mi ignorancia

Todos esos *dramones* que los hermanos Podestá han representado en los últimos años, me han sido siempre indiferentes, por no decir antipáticos. En la primera época de la aparición de tan originales actores, acudí á conocer á *Juan Moreira* y dos ó tres piezas más del mismo repertorio. Reconocí entonces, como tantos otros, que los principales intérpretes de estas creaciones llenaban todas las exigencias del teatro *criollo*—me parece que este epíteto conviene más al caso que el de *nacional*, que se le dá generalmente, por ser este último demasiado amplio y susceptible de abarcar géneros muy diversos.

Observé que en conjunto y separadamente la índole dramática de estos artistas rioplatenses importaba una manifestación interesante, una nota nueva, original, muy digna de tenerse en cuenta, y aún llegué á lamentar que nadie se

ocupara en escribir piezas adecuadas, gauchas pero humanas, dignas en todo del talento tan espontáneo y tan robusto de los Podestá y demás compañeros.

Es que siempre he creído en el verdadero drama criollo: he creído posible interesar á nuestro público, y aún á los de otras regiones, representando escenas genuinamente argentinas, y esto por la misma razón que á todo el mundo interesan, por ejemplo, las costumbres de los aldeanos rusos ó alemanes, santanderinos ó calabreses, cuando son presentadas por el talento de Tolstoï ó de Auerbach, de Pereda ó de Salvatore Farina. La única condición que se impone, la única que puede salvar á cualquier obra del ingenio humano, es la verdad, fuente única de toda belleza artística.

...Vd. ha resuelto un problema esencial: ha probado que se puede llevar al teatro nuestras verdaderas costumbres tradicionales y presentar al público los tipos característicos de nuestra campaña, sin recurrir al facón, ni espeluznar al espectador con la presencia de asesinos repulsivos

y la exhibición de moribundos y de cadáveres copiados *dal vero*.

Ha probado Vd. más aún:—y queda evidente para todos—que el vasto escenario de nuestra llanura, con sus bellezas peculiares, sus horizontes sin límite y sus celajes encantadores, puede servir de fondo á mil escenas tomadas de la realidad, tristes y alegres, violentas y tiernas, pero siempre bellas, porque producen en nosotros esa emoción tan intensa que, como he dicho, sólo la verdad puede despertar.

Ha demostrado Vd., por fin, que la Pampa no es tan sólo la patria de una horda de asesinos y que sus habitantes no son ajenos á los más nobles afectos de la vida. Ha hecho Vd. en el teatro lo que algunos de nuestros poetas en el libro: ha dignificado la figura del gaucho, presentando á las clases dirigentes un ejemplo digno de ser siempre recordado por los que aspiran á llevar la civilización,—es decir, las ventajas que ésta puede ofrecer,—hasta los últimos confines de nuestro territorio.

Tal es, en mi modesta opinión, la importancia capital de la obra. El porvenir, ofreciéndonos

nuevas producciones suyas y también de otros escritores que seguirán sus huellas, dará la razón á estas ideas, y á Vd. le tocará la gloria de haber iniciado de consuno una reacción en nuestras costumbres teatrales y una propaganda esencialmente humanitaria en pro del gaucho, del perseguido, de la constante víctima de nuestra civilización incompleta.

Respecto de la pieza en sí misma, considerada como obra dramática, sería menester leerla detenidamente ó presenciar su representación varias veces antes de aventurar un juicio definitivo. Me atrevo, no obstante, á indicarle que el primer acto no me parece bastante expositivo, y que al final el desenlace se precipita demasiado.

Con muy poco esfuerzo podría Vd. modificar estos detalles, y vale la pena de hacerlo, pues todo lo demás es realmente bueno, interesa y emociona, mantiene al público en tensión constante y arranca aplausos espontáneos.

Hay allí caracteres perfectamente dibujados. Ninguno es falso, lo que no es poco decir, tratándose de una obra dramática, en cuyo desarrollo no siempre es fácil basarse en la realidad.

El protagonista y su novia, el sargento, los comisarios, el pulpero, todos estos personajes nos son familiares. El gaucha viejo—el padre de la *Flor del Pago*—es un tipo realmente delicioso y se atrae desde un principio las simpatías del público.

El lenguaje empleado por Vd. es sencillo y apropiado; nada de frases groseras, nada de pasiones malsanas, torpemente expresadas. Sus héroes son los gauchos que todos conocemos, tan inteligentes como ignorantes, trabajadores por necesidad, alegres y decidores, humildes cuando no se sienten vejados y perseguidos, fieles á la amistad y al amor, que les proporcionan sus únicos placeres, sus únicas distracciones en la vida llena de accidentes que les está deparada.

En resumidas cuentas—y esto lo ha dicho el público antes que yo, aplaudiéndole en catorce representaciones sucesivas—*Calandria* ha tenido un éxito completo y muy merecido. Una mis felicitaciones á las que seguramente ha de haber recibido Vd. en estos días, y créame su siempre affmo. amigo

CARLOS E. ZUBERBÜHLER.

El Tiempo, Junio 6 de 1896.



Es el doctor Martiniano Leguizamón—autor de *Calandria*, la última comedia criolla que tanto éxito ha obtenido,—abogado entrerriano, periodista y escritor, de joven y lozano espíritu, hombre útil bajo todos conceptos, que ha desempeñado con acierto puestos públicos: profesor de la Escuela Normal, miembro del Consejo de Educación de la provincia de Buenos Aires, etc., etc., y que ha abordado el teatro improvisándose de un solo golpe autor dramático lleno de novedad y de pintoresco.

En esta obra está retratada la fina observación que constituye una de las más apreciables cualidades de su inteligencia, al par que sus dotes de crítico y la bondad de su carácter, que tiende a ennoblecerlo todo. Bondad de carácter, sí, porque es Leguizamón uno de los hombres más bondadosos y modestos que hayamos conocido, amigo carísimos de sus amigos, de sus inferiores, de cuantos se le acercan, de cuantos tienen una buena cualidad cualquiera.

Muy joven aún emprendió la carrera del perio-

dismo al lado de su hermano el doctor Onésimo Leguizamón, carrera que siguió luego en La Plata y que hoy ha abandonado momentáneamente sin duda. *Qui a bu boira...*

Pero sus tendencias literarias no han disminuido por eso; al contrario, libre de la diaria tarea de la pluma, la enemiga mayor del arte de escribir, ha hecho un libro *Recuerdos de la tierra*, que en estos momentos edita Lajouane, y cuyo éxito será por lo menos igual al de *Calandria*.

Páginas frescas, llenas de color y de vida, reales como la verdad misma, impregnadas del ambiente de los campos entrerrianos, perfumadas con el aroma de la selva de Montiel, algunas han aparecido publicadas en diversas ocasiones, otras guardan su virginidad como primicia del libro.

La literatura nacional contará con una obra más, una obra genuinamente nuestra, y Leguizamón añadirá muchos y muy bien ganados aplausos a los ya recibidos.

Pero poco le interesa el aplauso, pues como escritor de raza, bebe el aliento en sí mismo, lo que explica su modesto silencio durante tantos años en que pudo lanzar á la publicidad trabajos por

cierto muy apreciables, de mérito no vulgar, mejor dicho.

Ha empezado bien, sin embargo, y el éxito de *Calandria*, el que indudablemente acompañará á sus cuentos, lo han de hacer perseverar en la producción de obras análogas, para las cuales tiene un raro caudal de observación y especialísimas condiciones. Todo está en que obligue á su perezosa pluma á lucir sus galas y á llenar la tarea para que está llamada.

El tiene un deber que cumplir, grato y hermoso, desde que ha roto con el exotismo literario, para inspirarse en las cosas nuestras y pintarlas con tanta verdad y arte tan ingenuo y atractivo. ¡Que no hubiera una media docena más de escritores de ese corte!

ROBERTO J. PAYRÓ.

Buenos Aires, Junio 14 de 1896.



El primer paso en el sentido del drama nacional dióse hace poco de una manera feliz por medio de una pieza del Dr. Martiniano Leguizamón, titulada *Calandria*.

Ya teníamos, es sabido, una especie de drama criollo. Se representaba generalmente en los circos de segunda categoría ó en aquellos templos de musas acarnanias en que se arrojan naranjas al que agrada y cáscaras al que disgusta, pero en manera alguna podía servir de base para una obra poética. Aun exigiendo muy poco de un arte joven, fuerza es confesar que aquello es sumamente rudo y torpe.

De este género me acordé cuando me invitó un amigo á ir á ver *Calandria* al Politeama. Mis esperanzas eran mediocres. Había leído algunas críticas favorables á la obra, pero es sabido lo que valen en general dichos artículos. Reclamos—dije para mis adentros,—amigos del interesado. Casi sentí un malestar al levantarse el telón y...

Anticiparé el éxito con pocas palabras. Me había equivocado por completo. Lo que presencié era una obra dramática de carácter alegre, atrayente por sus escenas campestres muy naturales, con un conflicto de acción interesante, sin puñaladas ni cadáveres, por su desenlace agradable y satisfactorio: *Calandria*, el hijo franco

de las selvas entrerrianas, el gaucho nómada é independiente, arroja al suelo su puñal, símbolo de su libertad, declarando que quiere abandonar la vida aventurera y entrar en las filas de los hombres civilizados...

El poeta ha encontrado á *Calandria* en la vida real, pues éste ha existido así como *Juan Cuello* y *Juan Moreira*, pero con la gran diferencia de que es mucho más simpático que los últimos. Se sabe que el nombre de *Calandria* es el de un pájaro de campo, cuyas condiciones especiales son que imita la voz de otras aves, y que la libertad es necesidad vital para él; se puede tener en jaula sólo en el caso de que se saque del nido muy joven y se críe cautivo.

Allá por 1870, nuestro héroe apareció en la ciudad de Concepción del Uruguay, ocupándose en el negocio de aguador; entonces fué cuando recibió el nombre de aquel pájaro por parte de la gente, que quiso indicar de tal modo su talento de cantor y su amor á la libertad.

Su nombre verdadero nunca se ha conocido (*).

(*) Su nombre era Servando Cardoso, entrerriano de Montiel (N. del A.).

Con su nombre de pila, Servando, se le llamaba siempre «Servando Calandria». En aquel tiempo sucedió que el general López Jordán necesitó soldados en una de las revoluciones, debido á lo cual *Calandria* fué prendido y vestido de uniforme. La vida militar, aun en aquel tiempo, era como se puede comprender una tortura para nuestro aguador, visto su carácter particular, de modo que no se sometió á la disciplina. Castigado por esto repetidas veces, desertó un día, huyendo á las selvas intransitables que cubrían la mayor parte de Entre-Ríos. Desde aquel tiempo se entregó á la vida de gaucho matrero, es decir, no trabajaba más y se alimentaba con el ganado de los estancieros; pero nunca robaba á nadie, nunca cometía un asesinato. Perseguido continuamente por la policía en todas partes del país poblado, supo siempre escapar con gran astucia. Vino también disfrazado ó de noche al Uruguay y á otros puntos, haciéndose á veces conocer, pero más ligero y hábil que sus adversarios, había ya desaparecido cuando éstos se movían. Al fin, era para él una costumbre agradable dar bromas á la policía, burlarse de la autoridad y jugar una

buena partida á algún gran señor, no pasándose casi ninguna semana sin que hubiese dado un nuevo objeto de conversación á la gente; así llegó pronto á verse rodeado de una aureola de cuentos como un santo de leyenda.

Del mismo modo que su fama, creció el número de los amigos que lo acompañaban en su vida aventurera. Al fin, ésta también tuvo un éxito malo, no en campo abierto, frente á frente con sus adversarios, sino á traición. La policía tenía odio á *Calandria*, no olvidando cuantas veces la había puesto en ridículo ante el público. Meditaba continuamente perderlo.

En el año de 1879, nuestro gaucho, que entonces tenía 40 años más ó menos de edad, se había trasladado á los alrededores de la ciudad de Concordia, visitando todos los días á un compadre que habitaba un rancho en aquel punto y preparaba la comida que *Calandria* venía á compartir. La policía había averiguado estas circunstancias y supo sobornar al compadre por dinero. Se escondieron, un comisario y tres vigilantes, en la cocina del rancho, esperando la llegada del gaucho. Este apareció como de cos-

tumbre, bajó del caballo y, sin sospechar nada, entró en la casita. En el mismo instante, cuatro tiros resonaron, y uno de los proyectiles, dando en el ojo derecho de *Calandria*, causóle una muerte instantánea...

Esta es la vida, trazada en pocas líneas, del hombre singular que ha servido como protagonista de una comedia al Dr. Leguizamón. Digo «comedia», pues la pieza concluye en forma alegre, haciendo el autor uso de la licencia poética, de modo que *Calandria* no muere y sí—como he dicho antes—se convierte en un ciudadano civilizado, obteniendo indulto del gobierno. Este indulto me parece que es el único punto débil de la pieza. No se comprende bien con qué motivo haya venido de repente. Se asemeja á un *deus ex machina*, que efectúa la solución de la acción que el autor no supo conseguir (*).

(*) La versión más corriente en Entre-Ríos es que fué mandado matar por un jefe que lo había estacado y se le trepó encima para ver si las estacas estaban seguras, castigándolo con un rebenque. Al poco tiempo desertó y fué muerto á traición por un individuo que he conocido más

Pero el Dr. Leguizamón se puede disculpar con modelos muy célebres. Ni Molière siquiera supo dar desenlace á la comedia *Tartuffe*, de otro modo que por la intervención de la altísima persona del rey.

El valor principal de *Calandria* está en las escenas graciosas, que pintan las costumbres del campo y los tipos característicos de sus habitantes. *Calandria* mismo, la *Flor del Pago*, su

tarde de sirviente en el Colegio del Uruguay. La estaqueada del primer cuadro es, pues, verdadera, como todas las escenas posteriores, y el indulto ofrecido por el mismo estaqueador no es una crítica al error del hombre que no supo conservar á ese tipo curioso y único del gaucho matrero y burlón, sino á la época y á las costumbres sanguinarias que lo suprimieron á tiros en vez de civilizarlo.

Respondo así á la única observación formulada por el distinguido crítico Sr. Zedlitz-Weyrach: «el indulto no ha sido traído providencialmente para solucionar la acción del drama» es por el contrario una tesis planteada con toda intención, y así lo han comprendido muchos de los que han saludado generosamente mi ensayo como una reacción sobre las escenas sangrientas del primitivo drama criollo. (N. del A.)

querida, y el anciano trenzador, son figuras que recrean el corazón por su modo natural de pensar y hablar. El diálogo en general es chistoso y popular, sin que pase los límites que la decencia prescribe. Quien tenga interés y gusto en las originalidades criollas y en los placeres particulares de los gauchos ¡que vaya á ver!

...Actualmente el autor del drama se ocupa en nuestra metrópoli como abogado, y también —lo que ahora nos ha hecho ver— como poeta dramático. ¡Que en lo venidero prefiera más y más lo último á lo primero, y que su musa graciosa dé á luz otros hijos! *Vivant sequentes...*

La vasta pampa sudamericana es tan rica de poesía, que se hallarán fácilmente en ella muchos más argumentos dramáticos. El que toma al gaucho sólo por un individuo rudo é inculto, se asemeja á aquél que mirando una vez con curiosidad á un pintor de paisajes ocupado en su arte, observó cómo mezclaba éste mucho colorado en el color del follaje de ciertos árboles. ¿Qué hace Vd.?—exclamó admirado,—yo no veo nada de colorado en aquel follaje.—Es verdad,—contestó el pintor,—mas yo lo veo.

El Dr. Leguizamón tiene la vista correcta para ver bien, y no le faltarán amigos á quienes guste lo que vea y pinte, ni de acá ni de la otra parte del Océano. ¡Convénzase que los europeos se reunirán con suma alegría á los argentinos en el camino que ha tomado!

CARLOS ZEDLITZ-WEYRACH.

La Plata Rundschau, 15 Junio de 1896.



Al salir de Montiel, allá en la ladera pintoresca de una cuchilla del Gualaguay, en la estancia del viejo coronel Leguizamón,—uno de esos bravos del buen tiempo pasado, que si bien poco entendían de literatura, eran maestros de caballerosidad y de nobleza,—comenzó á estudiar los tipos y las costumbres que tan á lo vivo ha presentado en *Calandria*, el conocido escritor nacional con cuyo retrato engalanamos las columnas del *Mundo del Arte*.

El monte y la llanura, el arroyo manso y ca-

llado, las lagunas rumorosas, los juncuales, las laderas tapizadas de flores, las hondonadas agresivas y misteriosas, le enseñaron lo que era belleza y lo que era color, y su padre, el viejo veterano, despertó su imaginación de niño con el relato de las guerras legendarias de los gauchos que nos dieron patria, enseñándole á conocerlos en el medio mismo en que vivían y á interpretar su lenguaje sencillo, falto de corrección académica, pero rico en imágenes verdaderas, moldeadas en la práctica de la vida.

¡Qué hogar de artistas y de hombres de ciencia fué aquél tan modesto y tranquilo donde pasaron su infancia los doctores Leguizamón!

El autor de *Calandria*, con su exquisita organización de artista, visitó más tarde las aulas, y siempre el mismo—serio, grave, observador y estudioso—conservó las nociones adquiridas en sus primeros años con verdadero cariño y supo sacarlas triunfantes de entre la montaña de modelos clásicos con que las comparó.

No es el Dr. Martiniano Leguizamón un artista ni un poeta convencional, de ésos á los cuales el primer maestro que pasa los arrastra en su cauda

luminosa: es un cerebral verdadero, uno de ésos que dicen y sienten lo que piensan, porque tienen conciencia y tienen ideales. Allá, en el Colegio del Uruguay, en sus primeros años, leyó los mismos libros que todos sus coetáneos leímos: lloró con la *Grasiella* de Lamartine y con la *Cosetta* de Victor Hugo, fué Efraim con la *María* de Jorge Isaacs; encendieron su imaginación los cuentos terroríficos de Hoffmann y de Edgardo Poë, cautivaron su admiración los misterios de Eugenio Sué y de Ponson du Terrail, lo dominaron Julio Verne, Mayne Reid, Fenimore Cooper y Gustavo Aimard, lo exaltaron los caballeros de Dumas, los bandidos de Fernández y González y las justicias lloriqueantes de Pérez Escrich; pero nadie lo arrastró consigo. Un día hizo versos y en vez de cantar como los personajes de las novelas aplaudidas, cantaba como los buenos gauchos montieleros, sus conocidos de la infancia. Después vinieron otros modelos, todos los clásicos, toda la hermosa biblioteca literaria de nuestro tiempo, griegos, romanos, franceses, alemanes, rusos, italianos, españoles, ingleses, daneses, suecos; pasaron por su mano novelas, cuentos, ver-

sos, poemas, dramas y comedias, y cuando da á luz el resultado de sus observaciones y de su estudio, deja á un lado modelos y libros pacientemente recogidos y honradamente estudiados, y surge noble y generosa la obra de sus primeros años, que es toda verdad y sentimiento, que es poesía y es belleza: aparece *Calandria*, que más que drama ó comedia, es pintura, es fotografía, es vida!...

Siempre fué así, desde el Colegio, el Dr. Martignano Leguizamón: una verdadera integridad intelectual, un espíritu generoso y altivo que repudia el pandillerismo y campea por sus propios ideales, sin vacilaciones ni cobardías.

No son sus gauchos los de Hidalgo, de Ascasubi ó de Del Campo—gauchos críticos y filósofos que sólo tienen del modelo la exterioridad del lenguaje,—ni los geniales *Martín Fierro* de Hernández y *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, derrotados de la civilización, que sollozan injusticias y presentan una sola faz de ese carácter complejo del hombre de nuestros campos, que tiene tantas facetas como el de cualquiera de nuestras ciudades. Los gauchos de Leguizamón

son otros, menos detallados quizás, dada la estrechez del marco, pero más generales y más completos. Los demás tratan de relatar aventuras de gauchos y referir sus costumbres: Leguizamón pinta sus gauchos de cuerpo entero y los hace mover en su medio propio, para que se revelen sus usos y sus costumbres, sus ideas y sus sentimientos, su entidad física y moral en una palabra, sin necesidad de notas ni explicaciones.

Los demás pintan al gaucho de oídas; Leguizamón lo pinta como lo ha visto, echa sobre el papel sus impresiones propias, y con ellas, que son la verdad, arrastra al auditorio y lo obliga á reconocer la diferencia que hay entre los gauchos convencionales que lo han obligado á aceptar, y los reales y positivos que todo hombre que haya recorrido nuestras campañas lejanas ha conocido y tratado.

Saludamos en el autor de *Calandria* al verdadero pintor de nuestras costumbres nacionales, y al que está llamado, dadas sus dotes geniales, á conservar para la historia el perfil simpático de nuestro gaucho, que ya se pierde, borrado por las exigencias de la época.

El Mundo del Arte, Junio 30 de 1896.



En conciencia, no podemos dejar pasar en silencio las bellas representaciones de *Calandria* que se repiten con tanto éxito desde hace varios días en el teatro de la Victoria.

El hermoso drama del Dr. Leguizamón, que se representa casi todas las noches, no ha perdido nada de su interés, al contrario, ha ganado mucho en cuanto á la interpretación de esta notable pieza.

Calandria es un personaje que ha existido, que el autor ha conocido en Entre-Ríos. Es ésta una particularidad que añade mayor interés al drama, pues siempre gusta más ver subir á la escena personas de la vida real.

Es lo que el Dr. Leguizamón ha comprendido muy bien y muchos autores debieran imitarlo, en lugar de mostrarnos esos fenómenos que no han existido jamás sino en su imaginación.

En cuanto á los que sonríen cuando se habla del *drama criollo*, están en gran error, y lo hacen más por *chic* que por convicción. Si el teatro *criollo* tiene algo censurable por el tosco lenguaje que emplea, ofrece en compensación gran-

des cualidades: nos muestra al hombre del campo con sus pasiones, sus impulsos generosos y ese gran fondo de nobleza que caracteriza al ser libre que pasa su vida frente á frente con la naturaleza.

Es un género que es necesario no dejar desaparecer, y el Dr. Leguizamón merece un ¡bravo! bien sincero por el valiente esfuerzo que acaba de realizar de una manera tan feliz.

Le Petit Journal, Junio 15 de 1896.



Lo que se ha dado en llamar *dramas criollos*, sin duda con el propósito de significar que ellos reflejaban una faz de la vida nacional, sacan sus principales recursos de la desgraciada historia de seres extraviados en el camino del crimen, á los que prestan contornos de héroe, atrayendo hacia él y sus hechos la simpatía y la admiración de la multitud. Consiguen así, no sólo legitimar las acciones más reprochables, y desvirtuar la justa condenación pública, sino que im-

presionando las masas ignorantes, despiertan en el seno de éstas, emulaciones peligrosas, y causan sensibles desviaciones en su sentido moral. Aparte de esas consecuencias, dignas por cierto de ser tenidas en cuenta, son en su mayor número acreedores á la más severa condenación en nombre del arte, que no excluye, sino que exige la delicadeza y la verdad. Ni una ni otra de estas condiciones se hallan en los tales *dramas criollos*: ni ellos traducen el carácter de los hijos de nuestra campaña, sus tendencias y costumbres, ni su composición acusa el más rudimentario conocimiento de las reglas del arte teatral.

Son, simple y sencillamente, un amontonamiento desordenado de escenas brutales, insensatas, destinadas á halagar y despertar las inclinaciones malsanas de la muchedumbre ineducada. No sucede lo mismo con la comedia escrita por el doctor Leguizamón, á la que exceptuamos de los reproches anteriores. *Calandria* no ofrece los sanguinarios espectáculos de peleas y matanzas; traduce con fidelidad la manera de ser, á un tiempo altiva y dócil, del paisano, su naturaleza valiente é infantil á veces. Respecto á los dis-

tintos cuadros de costumbres que son presentados, sólo diremos que es imposible verlos sin evocar el recuerdo de escenas idénticas contempladas alguna vez en la campaña argentina.

El propósito noble y moral del autor se revela perfectamente en las últimas frases del protagonista, del gaucho matrero, herido por la generosidad de aquél en quien creyó ver un enemigo de su dicha y de su libre albedrío. El indulto de sus faltas, cuando él esperaba el castigo sin piedad, le impresiona profundamente; algo como una revelación se produce en su ánimo agitado; comprende que el camino del trabajo es el de su felicidad y de su regeneración, y reaccionando contra su pasado de holgazanería protesta contra el ¡viva *Calandria*! lanzado por uno de sus amigos, exclamando: ¡No!

*Ya ese pájaro murió
En la jaula de estos brazos,*

(señalando á la mujer amada)

*Pero ha nacido amigazos
El criollo trabajador!...*

Necesario es confesar que este desenlace vale

algo más, bajo muchos puntos de vista, que el trágico y sangriento fin de *Juan Moreira* y otros personajes cuya vida no fué por cierto un dechado de virtudes y de ejemplos moralizadores, dignos de ser ofrecidos á la emulación del público.

M. VEGA SEGOVIA.

El Día, Junio 25 de 1896, La Plata.



Señor doctor Martiniano Leguizamón:

Mi estimado amigo: Un aplauso sincero para cada cuadro de su *Calandria*. Puede estar satisfecho de su obra, y Entre-Ríos de tener un hijo como Vd.

Su drama tiene puntas; con una empieza y con otra acaba. Quiero decir con esto que hay en él idea y plan, que no está mocho, como tantos del mismo género que aparecen en las tablas. Anoche, después de asistir á la representación en la Zarzuela llegué á mi casa con los pulmo-

nes llenos del aire libre del Uruguay; y mucho, muchísimo Entre-Ríos corría por mi cuerpo al ver desfilar las escenas y tipos de nuestra tierra.

Al viejo trenzador aún lo conservo trenzando tientos en mi alma!...

Me despido con un apretón de manos. Su afmo.

CARLOS MARÍA DEL CASTILLO.

Tribuna, Setiembre 15 de 1896.



...En la Zarzuela se da esta noche *Calandria*, la aplaudida comedia del Dr. M. Leguizamón, obra en que no hay una sola nota desafiada, un solo detalle que desdiga del corte gauchesco clásico del conjunto.

Es digno de mencionar el éxito sostenido de esta pieza, que agrada cada vez más por el colorido verista de sus tipos y escenas muy felizmente ejecutadas; y ese éxito se sostiene debido á la sencillez, la gracia y el perfume verdaderamente campestre que se desprende de la obra.

Seguramente el autor recibirá esta vez, como hace unos días, una verdadera ovación.

El Diario, Diciembre 12 de 1896.

♦

La impresión que la obra del literato entrerriano produjo en el numeroso público que concurrió al estreno, fué sin duda mercedamente favorable, y habría alcanzado en nuestra opinión á ser ruidosa, si la falta de novedad en algunos personajes no hubiese retraído un tanto el entusiasmo de los espectadores, predispuestos de antemano á esperar algo nuevo que descollase, en la forma, sobre lo conocido.

Las policías de campaña persiguiendo matreros, y los matreros burlando á las policías con su astucia y valor, son cuadros vigorosamente trazados desde hace tiempo por notabilidades como Gutiérrez y Hernández, y el autor de *Calandria* ha probado las dotes de su talento artístico, haciéndose aplaudir en un campo espigado por competidores de esa talla.

Hay sin embargo diferencia entre la índole de los protagonistas de las obras de aquéllos y *Calandria*, que en el fondo no es más que un gaucho travieso con instintos nativos de libertad é independencia, pero enemigo de derramar sangre, y que al final se convierte en gaucho traba-

jador cuando la égida de la ley le devuelve sus fueros de ciudadano.

En ese sentido el drama de Leguizamón supera, á nuestro juicio, á sus congéneres, y es de un alcance más favorecedor para esos tipos genuinamente criollos, porque aleja la idea de que el gaucho altivo y valiente debe ser pendenciero y matador.

Por lo demás, el matrero *Calandria* como su aparcero el *Boyero* están perfectamente delineados, y bien puede decir el autor que *le quiten lo desparejo*, respecto á su *ño Damasio*, el trenzador, á su capitan *Saldaña* y á los gauchos cantores y guitarreros, que hacen en el público el efecto que en *ño Damasio*, la *huella*, el gato con relaciones y la payada de contrapunto, que es cosa buena.

Y aquí sujeto mi flete,
no sea que en la disparada
vaya á dar una rodada
de aquéllas de rechupete;
y vale más que sujete,
pues si *dentro* á la cocina
voy á hacer, como buen *ñato*,

« las de la parda Rufina
« que le echó *güevos* al gato
« creyendo que era gallina».

Y apriete bien, don Martín,
la mano de este criollazo
que le remite un abrazo
y una flor de macachín;
apriétela, porque al fin
lo aplaudieron con razón:
llegan hasta el corazón
estrofas cual la sentida:
« Porque alegre mi guarida
bordoneando un pericón»...

A. DE MARIA

El Fogón, Octubre 18 de 1896, Montevideo.



Las emociones que nos procura *Calandria* son dulces, plácidas, tranquilas, como ciertas escenas del *Entenao* y *Los Guachitos*, como ciertos cuadros de *Nobleza Criolla*; y á la vez fuertes y

reales, sin degenerar en violentas y groseras, como algunos hermosísimos pasajes de *Santos Vega* y *Marlín Fierro*. En el drama de Leguizamón, todo es colorido local, puras filigranas, realismo el más neto, detalles y medias tintas artísticas y acabadas. Hasta los tiros, que dan cierto aire trágico á la obra, resultan vulgares, en la buena acepción de la palabra. No hay pues, grandes emociones, no hay grandes dolores, no hay intensas alegrías, no hay pasiones en lucha: todo es sereno, calmo, con algo en el fondo que vierte sobre la forma de la obra el eterno resplandor de la verdad.

Cada uno de los cuadros de este drama,—principalmente los de los primeros actos,—son un dechado de verdad y de belleza. El cuidado de la *mise en scène*, revela al primer golpe de vista que un artista de buena ley anda mezclado en el asunto. Ved el cuadro *La Flor del Pago* con que comienza el acto segundo.

El solo vale la obra: es un cuadro bellísimo, natural, donde los menores detalles han sido estudiados con amor y cariño. Es el patio de un rancho: el viejo ño Damasio está trenzando, Rosa

pisa mazamorra, la *Flor del Pago* lava ropa junto al pozo. El lazo que van formando los tientos que trenza el viejo, el mortero, la batea, el pequeño fogoncito que hace cantar el agua de la *pava*, hasta el nido de hornero que hay sobre el pozo, dicen muy bien con aquella pared de terrones, con los pintorescos trajes de los actores y con aquella campiña tapizada de trébol y gramilla que se esfuma en las lejanías del horizonte. Los detalles son dignos del cuadro y la naturalidad de los primeros refuerzan el soberbio colorido del segundo.

Y así está *pintada* toda la obra. Son verdaderos *cuadros* de la vida campera, casi podría decirse, sin hipérbole, que son fotografías del natural. El cuadro 1º y el 3º del acto primero son también magistrales. Aquella velada que acortan *mateando* los soldados del capitán Saldaña, sacude blandamente el espíritu con tales vibraciones de verdad, que, cuando aquél ordena al sargento Flores que desate al prisionero estaqueado, é invita á *Calandria* para que se aproxime al fogón, pues el vientecito de la madrugada es cor-
tante, nosotros nos sentimos herido el rostro por

el frío húmedo de la escarcha que empieza á levantarse. Y ese otro cuadro de la tapera, sepultada primero entre las negras sombras de la noche y las que envuelven las cosas olvidadas y derruídas, y que luego vá perfilándose poco á poco con la naciente claridad del día, hasta diseñarse acabadamente sobre la vasta extensión de los campos solitarios, tiene coloraciones inusitadas, retoques de mano maestra y una poesía sencilla y poderosa que llena el corazón de melancólica tristeza y anubla la vista con el velo de las lágrimas, cuando al final *Calandria* y el *Boyero*, descubierta religiosamente la cabeza ante aquellas ruínas sobre las cuales aletean todos los queridos recuerdos de la infancia del hoy gaucho errante y abandonado, se alejan á caballo silbando bajito, en un estilo criollo, las penas y tristezas que han hecho nido en el pobre corazón del paisano sencillo y bueno...

Yo de mí sé decir que no conozco más puras emociones ni que mi alma ha sentido más dulcemente el rumor de la realidad arrullarla y adormecerla, que á la vista de esos cuadros reales y sentidos que viven y laten ante mi vista y que

logran, sin artificio alguno, despertar en mis recuerdos otros cuadros y otros hombres similares á ellos y que he visto antaño en la vida de nuestros campos.

¿Dónde está el secreto de este supremo arte? Ya queda dicho tácitamente: en la realidad —Sí, sólo el naturalismo puede engendrar tales bellezas y lograr tan sencillas y perdurables emociones. *Calandria*, para ser una obra perfecta y una obra grande, no necesita de efectismos ni de escenas que sean un *truc* continuado. Los románticos,—los que sólo entienden hacer obra de varón poniendo un susto en cada escena, un enredo en cada acto y una apoteosis en cada final de obra, han de sentirse rudamente asombrados al ver que sin asunto, sin trama, con la sola pintura de tipos y la descripción del medio ambiente, puede hacerse una obra completa, y, lo que es más, una obra del mérito de *Calandria*. Y, sin embargo, ahí está el drama del doctor Leguizamón como testimonio elocuentísimo.

Yo no sé si el escritor argentino se ha empapado en las leyes y reglas que gobiernan al arte dramático naturalista; yo no sé si conoce la teo-

ría de ese arte que ha engendrado obras de la talla de esa *Germinia Lacerteux*, estrenada con inmenso escándalo en el teatro Odeón, de París: —pero, conozca ó no las doctrinas preconizadas por los más eximios naturalistas franceses, lo cierto, lo indiscutible, lo que puede verificar cualquiera de los lectores, es que su drama *Calandria* ha cumplido con esas doctrinas sin violar una sola de sus leyes.

Y no me se objete ahora que me excedo en el elogio al traer á colación, tratando del drama criollo, el drama de Goncourt. No rehuyo todo el alcance de este parangón. *Germinia Lacerteux*, descansa todo su mérito en la realidad é independencia de sus cuadros: así de *Calandria*; *Germinia Lacerteux*, en la cuestión de retórica, no es ni más ni menos clásico que *Calandria*: si el uno está escrito en el argot del pueblo bajo de París, el otro tiene el habla propia de nuestros criollos. *Germinia Lacerteux* no es la voluntad del personaje gobernando la acción de la obra, sino el medio y la herencia sojuzgando el carácter individual, y lo propio sucede en *Calandria*; enfin—todas y cada una de las leyes ob-

servadas por Gontcourt son las mismas que resultan en el drama del doctor Leguizamón. Y es que el *drama criollo*, como género dramático, es el que mejor puede realizar la reforma del teatro, porque pugna el naturalismo.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

La Tribuna Popular, Noviembre 24 de 1896.



Señor Dr. Martiniano Leguizamón:

Mi estimado amigo: He asistido á la representación de su *Calandria*, atraído por el título, que evocaba en mi mente recuerdos de mis primeros años, y tambien por cariño al autor.

El personaje culminante es una copia fiel del natural; como que es histórico. Los demás se parecen extraordinariamente á muchos que he conocido y visto actuar sobre el propio terruño.

Todos tienen el mérito de la originalidad. Vd. no ha incurrido en el error en que otros escritores han caído, presentándonos unos gauchos, bachilleres y leguleyos, que hablaban, discurrían

y hasta filosofaban de un modo enteramente incompatible con su falta de cultura.

Nada más ridículo que un gaucho afilando su *facón* para pelear con la Policía, y desenterrando una moral de bohardilla, enfermiza y caduca; y haciendo tiradas filosóficas de un gusto cursi, propias de un pedagogo de aldea.

Su buen sentido ha hecho que Vd. les conserve su *frescura* nativa, su astucia semisalvaje, su sentimentalismo selvático, su lenguaje pintoresco, sus gustos y costumbres; en una palabra, su idiosincrasia especialísima.

Que esos tipos se van, que se esfuman en un medio ambiente nuevo, producto de una civilización superior, es un hecho fuera de controversia.

Pero si el arte y la literatura quieren conservarlos y perpetuarlos en la memoria del pueblo, deberá empezar por conocerlos bien, para no presentarlos desnaturalizados ó adulterados, cometiendo sofisticaciones inconscientes.

El desenlace de *Calandria*, si bien no es histórico, es artístico y responde á una verdad científica.

Numerosos factores y causas han ido modifi-

cando al gaucho. La evolución que se opera en el país lo eliminará definitivamente, despojándolo de sus instintos nómadas para convertirlo en obrero. Luego, adaptando el final de su comedia á esa evolución, lo adapta á una verdad científica. Ese es el mérito de su trabajo.

Reciba mi felicitación y ordene á su amigo.

JUAN ANGEL MARTINEZ.

La Plata, Agosto 7 de 1897.



Dentro del estilo gauchesco, el drama *Calandria* es tan correcto, de lenguaje tan uniforme, tan natural y espontánea la idea que lo informa, que absorbe la atención del público desde la primera escena. No hay en él frase alguna que no sea netamente criolla y lo que en otros dramas es exageración,—tal vez buscando la nota risible,—en éste es sereno, puro, verídico; el chiste y el giro equívoco brotan de la palabra misma, ingenuamente, sin pesadez, ni rebuscamiento.

No hay en él la analogía que se refleja en otros dramas del mismo género. Hasta en los bailes y cantares difiere: esa *huella* es admirable por el sabor nativo de que está impregnada. Juzgue el lector:

«Por entre totorales
Formando espuma,
Va corriendo el arroyo
Pa la laguna.

Ansina mis amores
Como el arroyo,
Van buscando dos lagos
Que son tus ojos...

A la huella, huella,
Huella sin cesar.
, Abrase la tierra
Vuélvase á cerrar.»

...Sintetizando nuestro juicio sobre *Calandria*, diremos como Joaquín V. González en el prólogo

de los *Recuerdos de la tierra* del mismo autor de este drama,—que aquí deben buscarse con amor, las intimidades del alma argentina.

BERNARDO L. PEYRET.

El Entre Rios, Abril 8 de 1897.



CALANDRIA



PERSONAJES

CALANDRIA, gaucho matrero.

EL BOYERO, su compañero.

Ño DAMASIO, el trenzador.

LA FLOR DEL PAGO } sus hijas.
ROSITA }

TRIFONA, esposa de Ño Damasio.

EL CAPITAN SALDAÑA.

EL SARGENTO FLORES.

RAMÓN, pulpero gallego.

MAZACOTE, Comisario.

PEÑALVA, estanciero.

SILVERSTRE }
MARTÍN } gauchos, guitarreros y cantores.
MAURO }
EZEQUIEL }

JOSÉ . }
ENRIQUE } estudiantes del Uruguay.
RAIMUNDO }

Paisanos, Criollitas y Soldados de Policía.

La acción en Entre-Ríos de 1870 á 1879.



I.
EL PRISIONERO.



Paisaje campestre á orillas del rio; bajo unos grandes árboles, en torno de los fogones, soldados de caballería que toman mate; otros juegan á la baraja; á la izquierda una carpa, cerca lanzas con banderolas rojas clavadas en el suelo; al fondo se pasea un centinela; en primer término está un gaucho en el cepo de lazo. Noche de luna.

ESCENA I.

SARGENTO

(alcansándole un mate al preso)

¿Gusta un cimarrón paisano?...

CALANDRIA

Güeno amigo, conforme se hade tirar.

SARGENTO

Y, ¿qué tal... está muy tirante el laso? ¿No quiere que le afloje un poquito?

CALANDRIA

Cómo no, si creo que ya se me están entumiendo hasta los caracúses.

SARGENTO

(le afloja el laso)

Ya está. Pero vea—usté es muy liendre mocito—;no se me vaya hacer humo! mire que el capitán es capas de tullirme á cintarasos.

CALANDRIA

Esté sin cuidao sargento, que no soy ningún desagradesido pa dejarlo en la estacada.—Pero eso sí, en cuanto me de un poquito de resuello su capitán, no me va á ver ni el bultol...

SARGENTO

Pero, vamos á ver. ¿Por qué diablos quiere vivir siempre á monte, juyendo como bagual al-sáo?... No vé que en cuanto se refale lo van á

mandar codo con codo á un cuerpo de liña, ó lo que es pior va dejar la osamenta blanquiando en alguna cañada.



CALANDRIA

Eso no es tan fácil; pa agarrar esta Calandria tienen que aplastar muchos matungos las polesías de Entre-Ríos!

SARGENTO

Y si se le da gñelta la taba, y rueda y lo alcanzan...

CALANDRIA

Haremos pata ancha;—ya sabe que á todos nos dentra el envenao.—(*señalando el cuchillo*).

SARGENTO

Ya sé que no es de arriar con las riendas... *(sonriendo)*. Pero ¡qué quiere amigaso!, yo como viejo tengo más esperensia y sé que á la larga si se tironea muy juerte, no hay laso que no reviente!

CALANDRIA

¡Es verdá!—Pero he sufrido tantas injusticias, me han aporriáo tan fieramente, sin rasón ninguna; se ha limpiáo las manos en mi cuero tanto mandón trompeta, porque era un infelis guacho que no tenía quien diera la cara por mí;—que al fin acobardáo y dolorido atropellé campo ajuera y gané los montes á vivir libre, sin más compañeros que mi caballo y mis penas!... *(pausa)*.

SARGENTO

Sin embargo, el amar la libertá no es ningún delito,—hasta los animales la desean—y sino repare como los bichocos viejos en cuanto les sacan las bajeras, paran la cola y salen relinchando pa la querencia... Pues, lo mesmito es el cristiano, y dispense la comparancia.

CALANDRIA

Ansina es; pero dicen que soy un malevo alsáo contra la autoridá; que estoy en guerra abierta con ella por que no quiero ser soldao, y por eso me persiguen con tantas ganas.

SARGENTO

Y ¿si se presentara?... ¡quién sabe si no lo dejaban vivir en pas en su rancho! han compuesto á tantos paisanos que andaban en desgracia,—y eso que tenían cuentas medias fierasas que arreglar con la justicia! Usté no es ningún asesino, ni ha robao á naides, porque el carnear una oveja ó alsarse con un parejero no es crimen en nuestra tierra pa el criollo que anda perseguido.

CALANDRIA

Mesmamente: puede anoticiarse en tuita la provincia, á naides he perjudicao; ansina no me falta un rancho donde guarecerme, ni un par de onzas en el tirador, regalo de algun patrón viejo

en cuya estancia he servido, ni se me niega el mejor pingo pa golpiarmelé en la boca á la partida.

SARGENTO

Y entonces ¿pa qué quiere andarse esponiendo al fudo otra vez?... ¡No ve que después va ser más difícil que lo indulten!—¿Quiere que le haga una entradita al capitán?—Puede que le gane el lao de las casas y afloje...

CALANDRIA

Con el alma le agradezco cuanto quiere hacer por mí. ¡Amalaya hubiera trompesao en el mundo con muchos hombres de su laya!... (*con desaliento*). Pero ya es tarde pa caer á la güeya! ¡Qué quiere! me he aquerenciáo con la vida del matrero y me moriría de rabia y de tristesa el día en que me la privaran... Los montes, los pajonales, el campo abierto, mi parejero y mi libre voluntá,—no la cambeo amigo por su latón y su poncho patria... (*sonriendo*).

SARGENTO

¡Oh! pero esto no dura siempre, y al fin se pasa una vidorria regularona, pansa arriba sin hacer nada...

CALANDRIA

Sí; pero no le mesquinan corvo y estaca cuanto uno menos piensa... Además, acuerdesé que mi viejo le tajió un cachete al padre de Don Saldaña porque en unas carreras se lo quiso llevar por delante á lonjasos.

SARGENTO

¡Bah! pero fué peliando de frente, y su tata no hizo más que defenderse del otro que era medio achurador.

CALANDRIA

No importa, su familia nunca ha olvidáo la ofensa y creo que tuavía les está ardiendo la marca.

SARGENTO

No crea—el paisano no es rencoroso—y es un güen gaucho el capitán Saldaña... Pero ya que no lo quiere, no hablemos más del asunto; sepa sin embargo que el sargento Flores es su amigo y que no se le ha de atravesar en la cancha pa que ruede!...

CALANDRIA

¡Vengan esos cinco, y peguemé un abraso, viejo toro!

SARGENTO

(le abraza)

Aprieta fuerte, torito;—y que Dios y las ánimas benditas te ayuden á salir siempre paraó!...

ESCENA II.

Se sienten gritos de un chajá en el arroyo; viene amaneciendo.

SARGENTO

(toma la carabina y se dirige al monte)

¡Atención muchachos, que ha gritáo un chajá;

hade venir gente! (*escucha un instante*). Po el ruido de la charrasca, á la fija es Don Saldaña que viene del campamento.

SILVESTRE

(*bromeando*)

Ché Robustiano, aprontá el mate que hade venir galguiando.

ROBUSTIANO

¡Jué pucha! no tener unas hojas de ombú pa hacerle bailar un malambo en las tripas á ese mamón... ¡cómo pa sebar mate tengo los dedos con el frío! (*se los sopla*).

CENTINELA

(*muy alarmado*)

¡Alto hay!... ¿quién vive?...

SALDAÑA

(*ilegando á caballo con dos lanceros*)

¿No me has conosido, nó?... Hásde haber es-

tado durmiendo en una pata como las cigüeñas!...
Sargento, ¿y el preso? *(se baja)*.

SARGENTO

Roncando capitán; ¿no lo ve arrolláo bajo el
poncho, como peludo en la cueva? *(sonriendo)*.

SALDAÑA

¿Y qué dice?... ¿no se ha querido disparar?...

SARGENTO

Diande, ni se ha movío de las estacas.

SALDAÑA

¡Desateló!

SARGENTO

*(lo desata y lo mueve con el pie para que se
despierte)*

¡Ep! despiertesé moso, no sea regalón, que ya
está quemando el sol.

CALANDRIA

(se sienta con pereza bostezando)

Muchas gracias, sargento.



SALDAÑA

Acerquesé al fogón, amigo, que se está alsando la helada y sopla un vientito cortante...—Ché, Robustiano, sebá mate.

SILVESTRE

(aparte, con aire burlón)

Ya apareció el páine, hermano.

SALDAÑA

(á Silvestre)

¿Qué estás palanganiando vos?... Háste tener hambre, nó? Bueno; andá á juntar leña y asáte un churrasco prontito.

ROBUSTIANO

(burlándolo)

Tomá, por pintor te tocó bailar con la más fiera!...

SALDAÑA

*(alcanzando al preso una caramañola
con ginebra)*

Eche un taco al cuerpo, que esto hace entrar en calor. *(Calandria se la empina y bebe largamente).*

SARGENTO

(aparte)

¡Y se le prendió como guacho á la ubre!...

SILVESTRE

(desde el fondo)

¡Ahijuna!—¡qué resuello pa una sangullida!...

SALDAÑA

Calandria ¿quierés que hagamos un trato?

CALANDRIA

¡Hum!... usted dirá...

SALDAÑA

Mirá, yo sé que sos más arisco que un venáo y que preferís andar matreriando por no servir.

CALANDRIA

He servido, señor.

SALDAÑA

Sí, al principio de la revolusión, con los jordanistas, pero al fin te les resertaste pues.

CALANDRIA

Está equivocáo, capitán, me quedé con licencia pa curarme unas heridas en el rancho de ño Damasio, aonde ayer me prendió su gente.

SALDAÑA

(sonriendo)

Ya sé que en la batalla del Sauce fuiste de los

que se nos vinieron á lansa hasta los cañones con el coronel Gallo, y que te achuraron por boraciador.

CALANDRIA

(con orgullo)

En el entrevero me hagarraron cortáo, y eran muchos contra mí... Pero algunos se hande acordar tuavía que no soy manco pa manejar la tacuara!...

SALDAÑA

Por eso mismo, porque sos de averia, quiero que seás de los nuestros; amás, vos sos un gran baquiano y un hombre de tus condiciones nos va ser muy útil pa sorprender al enemigo.

CALANDRIA

Pero yo no quiero peliar con mis hermanos: blancos y coloraos somos hijos de esta tierra y es triste cosa que sin saber lo que vamos ganando en la patriada nos andemos ojalando el

cuero... Vea: si ése era el trato, prefiero que me estire en el cepo otra ves.

SALDAÑA

Al fin te hasde convenser que no quiero hacerte ningún daño y que á mi lado no te ha de pasar nada. Mirá ¿querés ser mi asistente?

CALANDRIA

(reflexionando un momento)

Está bien, mi capitán.

SALDAÑA

Robustiano, te doy de baja por sobón;—entregá los avíos á Calandria. Y usté, sargento, traiga una de esas lansas que quitamos ayer al enemigo y arme á este nuevo milico.

SARGENTO

(trae la lanza y la clava á la derecha en primer término)

Hay tiene moso su chusiadora, y ésta es de las que no yerran juego!

SALDAÑA

(á Calandria)

Empesá tus funciones; desensilláme el caballo y atálo á soga bien seguro, mirá que es mi crédito.

CALANDRIA

(se dirige al caballo y lo observa rápidamente)

¡Linda laya tiene!—este hade ser como pa boliar ñandúces bajo el fiador!... *(con entusiasmo)*.

SALDAÑA

Mancarronsito, no tan güeno como los que vos solés montar...

CALANDRIA

Dejesé de hacer el chiquito Don Saldaña, si en la oreja nomás ya le he descubierto el parejero. *(lo desensilla)*.

SALDAÑA

(sonriendo)

Ya veo que te le estás aficionando. Cuidameló mucho... y si te llegas á resertar no te vas á dír con el aperito...

CALANDRIA

(con aire burlón)

Del apero no tenga cuidáo... pero del potri-
llo... ¡quién sabe!...

SALDAÑA

*(se le acerca y lo amenaza con
el rebenque)*

¡Ché! ¡no te tomés tanta coyun-
da! ¡Acordáte que has caído en
mi garras y andá derechito, nó!...



CALANDRIA

(sonriendo)

Si era chansiando... perdone mi capitán. *(ter-
mina de desensillar, arrolla el recado y lo coloca
bajo la carpa; luego monta en pelos con medio
boxal y silbando un estilo se aleja al tranco).*

SALDAÑA

(á un soldado)

Ché, viejo nutria, andáte al arroyo y tirá las
líneas á ver si sacás una boga gorda. *(se va el
soldado, arreglando un anzuelo).*

SALDAÑA

(á Calandria que se aleja)

¡Ep! ¡Calandria! después que lo atés, traite una carguita de leña que el fogón está pegando las últimas boquiadas.

CALANDRIA

(Dá vuelta rápidamente, atropella al sitio donde está clavada su lanza, la hace cimbrar, la parte en dos y arrojándola desdeñosamente á los pies del capitán, le dice con altivez serena).

¡Hay tiene leña y astillas pa estaquiar infelices!... ¡Aura venga á quitarme su pingó, si puede!... *(le aprieta las piernas y dispara golpeándose la boca).*

SALDAÑA

¡Todo el mundo á caballo! ¡Salten en pelos en los de reserva y á prender ese bandido! Cortenlé la picada de los molles, que lo vamos á embretar en el rincón de Gualeguay; las barrancas son

allí muy altas y el río ancho y correntoso (*los soldados corren con los frenos en la mano y las tercerolas. ¡Sargento, y vos, Silvestre, por ese lao, y procuren agarrarlo vivo!... (corre á montar á caballo).*



II.
BARRANCA ABAJO.



Monte espeso al fondo; á la derecha un extenso pajonal; se oyen tiros lejanos y rumor de gente que corre á caballo. Es de mañana.

ESCENA I.

SALDAÑA

(llega á caballo en pelos, al tranco, y mira con atención al monte de donde parte el rumor)

De esta ves no te me escapás, matrero; si te agarro te via dejar destabáo con la estaquiada pa que no te queden ganas de juir otra ves!...
(pausa).

ESCENA II.

SARGENTO

(con Silvestre, grita adentro)

¡Capitán! ¡capitán!... ¡Se nos escapó el pájaro!
(entran).

SALDAÑA

¿Por dónde, mandrias, si le atajamos la salida?...

SARGENTO

(*sonriendo*)

...Por el fondo de la trampa... como las láuchas.

SALDAÑA

(*con ira*)

¿Cómo ha sido?...

SARGENTO

En cuanto vido que le habíamos formáo manguera, enderesó juyendo al seibal de la rincónada. ¡Ya cáistel le gritamos. Este que era el mejor montáo, le iba pisando los garrones con las boliadoras prontas pa fajarselás en cuanto saliera del pajonal á lo limpio; pero comprendió la intensión y castigando nos aventó lejos y se ganó al monte.

SALDAÑA

¡Siga, pues!...

SARGENTO

Lo seguimos quemando á tiros pa que se rindiera, pues ya tenía adelante el río serquita y nosotros atrás meniandolé chumbo y chumbo...

SALDAÑA

¿Y qué sucedió?

SARGENTO

(riendo)

¡Que ese mosito es el mismo Mandinga!...



SALDAÑA

(rabioso lo amenaza con un lanzazo)

¡Desembuche de una ves, viejo retrucador!...

SARGENTO

Pues entre morir en la estaca ó augáo, prefirió lo último y echandolé el poncho á la cabeza del flete le apretó las espuelas y lo enderesó baranca abajo!

SALDAÑA

¡Qué bárbaro!...

SARGENTO

Lo mesmito dijimos nosotros al gritarle: ¡Dios te ayude!—mirando el borbollón que lo tragó.

SALDAÑA

¿Se augaría entonses?...

SARGENTO

(riendo)

¡Qué pucha! si había sido como biguá pa el agua, y al ratito nomás apareció en medio del río; brasiando con una mano y golpiandose la boca con la otra, ganó la orilla.

SALDAÑA

¿Y el caballo?

SARGENTO

A ése no lo vimos, capitán.

SILVESTRE

De seguro se reventó con el porraso... como
cayó primero...

SARGENTO

Ansina hade ser.

SALDAÑA

¡Pobre mi caballo! ¿Y era muy alta la bar-
ranca?

SILVESTRE

(señalando uno de los árboles)

Del altor de ese laurel.

SARGENTO

¡Y á pique sobre un remanse, que ni los car-
pin chos se le animan!

SALDAÑA

¡Ah! gaucho, te me escapaste!... ¡Pero aonde ira el güey que no are'... Vamos muchachos que han tocao á reunión en el campamento. (*se alejan rápidamente al galope*).



III.

LA TAPERA.



En la lomada de una cuchilla se vé la tapera de un rancho, junto á un ombú seco, al pié, una cruz rústica; al fondo, lejos, se divisa la ceja de un monte. Noche de luna muy clara.

ESCENA I.

CALANDRIA

(Aparece por la izquierda, se acerca despacio con el caballo de la rienda, lo ata en un tronco y llega lentamente hasta la puerta de la tapera, que contempla un instante con la frente inclinada y el sombrero en la mano; se dá vuelta, vá hasta la cruz y exclama con acento de profunda tristeza).

¡Triste destino el mío!... sin un rancho, sin familia, sin un día de reposo!... Tendré al fin que entregarme vensido á mis perseguidores!... Y ¿pa qué? ¿Por salvar el número uno?... ¿Por el plaser de vivir?... ¡No, si la libertad que me

ofresen no hade ser más que una carnada! No; no agarro. ¡Que me van á perdonar las mil diabluras que le he jugáo á la polesfa! Me réido tanto de ella y la he burláo tan fiero!... *(riendo)*. La verdá que esto es como dice el refrán:—andar el mundo al revés, el sorro corriendo al perro y el ladrón detrás del juez!... ¡Bah!... si el que no nació pa el cielo al ñudo mira pa arriba!... *(pausa)*.



ESCENA II.

BOYERO

(Se acerca lentamente con el caballo de la rienda, lo ata junto al de Calandria, y después de contemplarlo un instante le dice con voz cariñosa).

¿Ya acabó de despenarse, compañero?... Mire que ha resáo largo.

CALANDRIA

¡Qué quiere! ¡me estaba despidiendo de estos terrones queridos, que tal ves no veré más!... ¡Pobresita madre! ¡la mató la pena de ver á su hijo perseguido como un bandido; el dolor y la miseria la doblaron al pie de ese ombú que habían plantáo sus manos, y en cuyas ramas colgó la cuna de esta infelis Calandria que ya no canta más que pesares!...

BOYERO

Tiene rasón en lamentarse: ¡no hay amor como el de madre! Pero usté siquiera tuvo la suya niaunque ya duerma en el campo santo; ¡en cambio yo nunca he conosido á quien dar ese nombre!... (*cambiando de acento*). ¡Pero recuerde amigo que estamos jugando una partida media peliaguda, que la polesía nos viene pisando el rastro, que aurita se dentra el lusero y pueden sorprendernos en esta lomada, lejos del monte.

CALANDRIA

Hase bien en despertarme; el dolor me tenía medio abombáo. Usté de puro gusto se ha alsáo pa haserme compañía, y sería un mulita si lo dejara en el pantano. (*con voz resuelta*)—¡Qué diablos! ¡pa qué gritó “macho” la partera!... (*se dirige al caballo y mientras aprieta la cincha y acomoda el recado, canta*).

A mí me llaman Calandria

Porque burlo los pesares

Cantando alegres cantares

En la rueda del fogón.

Porque cruso los senderos

Sin temor á la partida,

Porque alegre mi guarida,

Bordoniendo un pericón!...

BOYERO

Ansina me gusta verlo. El que canta, las penas espanta.

CALANDRIA

Es que yo no sé si lloro ó canto, porque siento que algo muy hondo y doloroso se me añuda en la garganta.

BOYERO

¡Ah, criollo pintor! siempre floriandosé, lo mismo pa escurrirselé como iguana entre las pajas á la polesía, que pa echarle una relación á su conse ntida.



CALANDRIA

(*sonriendo*)

¡Como si usté fuera tan lerdo!

BOYERO

En el aráo se hase el güey;—y tengo un máis-tro superioraso!

CALANDRIA

Güeno; le propongo una diversión pa despuntar el visio. Ayer encontré pescando en la laguna al negro Rosales y me avisó que la partida que nos anda persiguiendo cáí de noche á dormir á su rancho. ¿No se anima que les vamos á pegar un trote?...

BOYERO

(*con resolución*)

¡Cómo no amigo! vamos.

CALANDRIA

Pero no se vaya á calentar y se trense á puñaladas, como lo hiso el otro día; si se empaca y lo llegan á echar al medio, se nos puede volver velorio la chacota! Y no se les arrime mucho, que no son palenque de atar terneros!...

BOYERO

¡Oh! si á mí no me dentra la bala; soy retobáo.

CALANDRIA

(*sonriendo*)

¿Retobáo?... como el peludo; pero si lo tienden

pansa arriba, le tocan el violín lindamente (*señalando el pescuezo*).

BOYERO

Cuando llegue la ocasión se convenserá, compañero.

CALANDRIA

Vea mosito: usted es muy manso pa las moras: y está engañáo porque le habrán pegáo de refilón algún trabucaso; pero el día en que se le afirmen de frente con esos remintones que han sacáo áura, ¡adiós Boyerito! no te van á quedar ni las plumas!...

BOYERO

(*con desdén soberbio*)

¡Eso... lo veremos!... De todos modos, yo no he quedar pa semilla!

CALANDRIA

Muente entonces y rumbiemos pa el rancho del

S

negro Rosales á buscar la partida, y vamos al
tranquilo, no sea que nos vayan á sentir y la
vaca se nos güelva toruno! (*montan á caballo
y al pasar frente á la cruz se descubren y
se alejan despacio en silencio*).



IV.

VIDA DE MATRERO.



De noche. Rancho pobre á la derecha; caballos desensillados en el palenque, á la izquierda; bajo la ramada, grupo de soldados durmiendo junto al fogón; contra un árbol, al fondo, un centinela emponchado está dormido. Llegan Calandria y el Boyero cautelosamente, apresan al centinela, le tapan la boca con un poncho y lo atan con un maneador; después van á la ramada y les roban las armas á los soldados, que ocultan entre el pasto; luego les sueltan los caballos.

ESCENA I.

CALANDRIA

(dándole un chirlo en el anca á uno de los caballos)

¡A la querensia, sotretas! (riendo). ¡Y con estas

láuchas querían alcansarnos!... (*montan en sus caballos y se acercan con dos carabinas de las que quitaron á los soldados.*)

BOYERO

¡Pobres melicos! los tenemos de un lao pa el otro, hasiendolés pelar la... chala al cuete.

CALANDRIA

(*bromeando*)

¡Y vigilantes, los mosos!... Vealós apelotonaós durmiendo como cuscos friolentos junto al rescoldo.

BOYERO

(*riendo*)

¡Ya lo creo! si de esta ves no va quedar un matrero, ni pa remedio. ¡Já, já!...

CALANDRIA

No se ría tan fuerte, que pueden despertarse. Ya sabe que no hay más que alborotarles el avispero y disparar, porque este comisario disen

que es medio cosiador! (*atropellan á los soldados haciendo dos disparos al aire para despertarlos; los soldados se levantan, buscan sus armas y se revuelven, acosados por los matreros que los desafían y burlan.*)

CALANDRIA

¡A ver esa partida brava!... ¡Aquí está Calandria y el Boyero, máulas!...

BOYERO

¡Atropellen que es güen campo,
No hagan el viaje de balde,
Tirenme unos tarascones
Que no me hande sacar sangre!...
(*alcanza á un soldado y le dá
unos rebencazos*).



CALANDRIA

¿Y ese comisario tan mentáo, en qué cueva se
habrá metido? ¡vaya un guapo pa... la risa!...
¡compré un mono!...

ESCENA II.

COMISARIO

(apareciendo por la puerta en mangas de camisa con una pistola, hace un disparo al Boyero que lo atropella).

¡Ya verán saltiadores!... ¡Carguen, muchachos!
(los soldados se agrupan junto á la puerta haciendo pie, pero no le obedecen).

CALANDRIA

(al Boyero)

¿Te ha herido?

BOYERO

(riendo)

¡Me erró el sonso!

CALANDRIA

Vamonós entonces, que ya los hemos acorraláo
como á viscachas en la cueva.

BOYERO

¡Los galopíamos en pelos y con medio bosal!

CALANDRIA

¡Adiosito, mosos!—cuando gusten ¡el desquite!
ya saben; no se hande morir de antojo. (*dan
vuelta y se alejan burlándolos*).

COMISARIO

(*sale corriendo y grita á los soldados*)
¡A caballo, pronto, antes que ganen el monte!

SARGENTO

(*desde el palenque con un bosal en la mano*)
¡Si nos han soltáo los matungos!...

SOLDADO 1º

(*buscando las armas bajo la ramada*)
¡Oh! ¿y las garabínas?...

SARGENTO

(*sonriendo*)

Se habrán alsáo con los mancarrones.

COMISARIO

(*con ira*)

Y el bombero ¿cómo no los ha sentido? ¿Dónde está ese bruto?

SARGENTO

¿Y qué iba haser el pobresito? ¡no lo vé! si lo han maniáo como á borrego pa la trasquila! (*lo desata*).

COMISARIO

(*sonriendo*)

¡Nos han amoláo lindo!

SOLDADO 1º

(*al que castigó el Boyero*)

¡A mí me está ardiendo el lomo!



SOLDADO 2º

(*riendo*)

Hande ser picaduras de vinchuca, ché!

SOLDADO 3º

(amenasándolo en broma con el rebenque)

¡Sí; picaduras de... cáscara de novillo!...

SARGENTO

¡Friegáte... hermano... con saliva y... sebito de oveja, pa que se te quite la roncha.

COMISARIO

¡Tengan pasensia, muchachos! á estos locos se les está hasiendo el campo orégano; ya las hande pagar tuitas juntas. Güeno; vos Goyo, andá á campiar los caballos, y ustedes registren ese matorral, que por ai ande haber tiráo las armas.

SOLDADO 2º

¿Y vamos á perseguirlos?...

SARGENTO

¡Paqué, si ya se estarán riyendo por la loma del diablo?

COMISARIO

(soltando una carcajada)

¡Nos hemos lucido!

SARGENTO

Sí; Como la negra Rutina,
Que le echó güevos á un gato
Creyendo que era gallina!...



V.

LA FLOR DEL PAGO.



Al caer la tarde. Rancho á la izquierda; al fondo una lagunita con sauces; junto á un horcón del rancho, ño Damasio está trensando un lazo; la vieja criba un calzoncillo; al lado del pozo, su hija, la Flor del Pago, lava en una batea; cerca de ella, su hermana pisa maíz en un mortero; al lado del fogón, un gauchito está cebando mate.

ESCENA I.

LUCÍA

(canta mientras lava)

Nubesita blanca

¡Vidalitay!

Que crusás el sielo,

Dime si en los montes

¡Vidalitay!

Has visto á mi dueño;

Dime si en los montes

¡Vidalitay!

Has visto á mi dueño...

Dile que llorando

¡Vidalitay!

Me sorprende el día,

Y hasta que no vuelva

¡Vidalitay!

No tendré alegría...

Y hasta que no vuelva

¡Vidalitay!

No tendré alegría...

ROSA

¿Entonces no has sabido nada de Calandria?

LUCÍA

Nada.

ROSA

¿Y ño Flores no malisea por donde anda?

LUCÍA

Tampoco. Lo han empesáo á perseguir de tal modo que ha ganáo los montes, y aunque tiene

amigos que le avisan por donde va la partida pa que no lo sorprendan, sin embargo el corazón me dise que le va á suseder algo!... (*con tristeza*).



ÑA TRIFONA

Sí, hijita; dende que se ha juntáo con el Boyero yo también reselo. Es un muchacho loco, sin esperensia, que ya lo ha comprometido varias ocasiones.

ÑO DAMASIO

¡No tengas cuidáo, vieja! En Montiel y en el moro Pico Blanco... ¡Bah! á ese charabón no le van á fajar las Tres Marías tan fásilmente. En cuanto al Boyero, si se mete á peliarlos, no lo hande dijuntiar ansí nomás, porque el tapesito, cuando atropella á cuchillo, es más cortador que paja brava!...

LUCÍA

¡Dios lo oiga, tatital

ROSA

Tal ves se ha ido á la Banda Oriental, como ya lo ha hecho otras ocasiones, cuando se véfa muy acosáo.

LUCÍA

Me lo hubiera hecho saber.

ÑA TRIFONA

Será pa no comprometernos; como la polesía anda siempre ronsiando por aquí...

ÑO DAMASIO

No te aflijás, muchacha; vos lo tenés muy amadrináo, y en cuanto menos pensés va cáir al tambo trotiando. (*se oyen voces alegres por el camino, sonos de guitarra y una voz que canta adentro*).

1ª voz

Por entre totorales,
Formando espuma,
Va corriendo el arroyo
Pa la laguna.

2ª voz

Ansina mis amores,
Como el arroyo,
Van buscando dos lagos
Que son tus ojos...

CORO

A la huella, huella,
Huella sin cesar,
Ábrase la tierra,
Vuélvase á cerrar...

ÑO DAMASIO

(*entusiasmándose*)

¡Ah! ¡güeya linda!... ¡Bah! no puedo dar con la trensa; en cuanto sentí la música, ya se me pusieron á bailar los dedos y se me han mesturáo los tientos... (*deja el lazo*). ¿Te acordás, vieja, de cuando era moso y te andaba pastoriando? ¡qué triunfitos los que puntiaba, pisando la bordona!... ¿y vos? ¡tan ruda que eras pa la güeya! ¡Sí entuavía me paese verte, arisquiandomé la cadera y haciendo dengues con tu pollerita floriada!

ÑA TRIFONA

Dejáte de eso, Damasio.

ESCENA II.

*(Aparece un grupo de paisanos paquetes, con
caballos bien empilchados y guitarras)*

PAISANOS

¡Güenas tardes!

LOS DEL RANCHO

Güenas tardes.

SILVESTRE

¡Ah, criollitas guapas!

MARTIN

¿No quieren que les demos una manito?

MAURO

(á Lucía)

¿Ni aunque sea baldiandolé agua?...

EZEQUIEL

(á Rosa)

¿Ó aventandolé la masamorra?...

LAS MUCHACHAS

(*sonriendo*)

Muchas gracias.

ÑO DAMASIO

¿Y pa onde va esa mosada, tan alegre?

SILVESTRE

A lo de ño Peñalva; como ha termináo la trilla,
dá esta noche un bailesito á sus relaciones.

ÑA TRIFONA

Es verdá; nos han convidáo.

MARTIN

¿Y no piensan dir?...

MUCHACHAS

¡Quién sabe!...

MAURO

Y usté, ño Damasio, ¿qué disc?

ÑO DAMASIO

(riendo)

Lo que disponga la patrona; yo pa estas cosas soy como terrón en patio limpio, que lo llevan pande quiera de una patada.



SILVESTRE

¡Cómo nos van á faltar estas flores!... y usté que pa bastonero naides le pisa el poncho!

ÑO DAMASIO

Eso era enantes, hijito; pero áura la suerte me tiene más arrastráo que guasca de lechera.

SILVESTRE

¡Bah! dejesé de haser el chanco rengo, y que se apronten las mosas, porque venimos resueltos á quitarselás y alsarlas en ancas.

ÑO DAMASIO

(sonriendo)

¡A la juersa no me resisto! Bajensé entonces

y tomarán un verde mientras las chinas se ponen los trapitos de cristianar. (*á las hijas*). Má ver si andan lijero y no hasen esperar mucho á estos... gabilanes. (*las muchachas y la vieja entran al rancho corriendo alegres; los paisanos se bajan, atan los caballos en la ramada y se acercan al fogón donde está ño Damasio*).

ÑO DAMASIO

(*al muchacho*)

¡Ep, charabón! echále otra ensillada al simar-rón. (*á los paisanos*). Tiemplen, pues, y toquen algo pa desentumirse los dedos. A ver, Silvestre y Martín, hagansé una topadita con un canto por sífra.

SILVESTRE

Con mucho gusto, ño Damasio; ¿y vós Martín, te animás?...

MARTÍN

¡Cómo nó, amigo! haga gemir el encordáo cuando guste.

SILVESTRE

(preludia y canta)

Con la guitarra en la mano
Yo soy como parejero:
No respeto pelo y cancha,
Al que le metan el freno!...

ÑO DAMASIO

¡Jué... pucha! ¡qué bufido! si paese redomón
en el palenque.

MAURO

(aludiendo á Martín)

Denle cancha al charabón, que se divierta el
gauchaje.

MARTIN

(canta)

Ya que se tiene por quiebra
Y está balaquiando fama,
Contestemé á esta pregunta:
¿Por qué los pájaros cantan?...

SILVESTRE

(canta)

Cantan porque es el lenguaje
Que Dios les puso en el pecho;
Con él aman, con él ríen,
Con él lloran sin consuelo.

EZEQUIEL

¡Ahí... juna, el criollo ladino!

ÑO DAMASIO

Asiguráte las lloronas y escupí el cojinillo
Martínsito, porque se miase que este bagual te
va á basuriar...

MAURO

No se hade cair del primer corcobo; si éste
cuando muenta y se priende, es como garrapata!

ÑO DAMASIO

Pero el otro es canchero viejo y le lleva la
media arroba á ese poyo que tuavía tiene los
puyones blanditos.

MAURO

No importa; facón nuevo se duebla, pero no se quiebra!

MARTIN

Vengasé nomás, amigo, que ya lo estoy aguardando.

SILVESTRE

(canta)

Aura á mi ves le diré
Que me conteste, deseo;
¿Cuál es la cosa más bella
Que el hombre pierde primero?..

EZEQUIEL

(á Martin)

¡Tomá, ésa es como pa dotor!

ÑO DAMASIO

(riendo)

Ché Silvestre, aflojále el sobeo pa que resuelle ese ternero, que lo está augando la sangre.

MARTIN

(canta)

No es muy fácil la respuesta
Pero veré si rumbeo;
Que aunque soy medio mamón
En las cuartas no me enriedo;
Y usted dirá si he asertáo
Con su pregunta, aparsero:—
La madre, el que nace guacho,
Y la juventú, el que es viejo!

ÑO DAMASIO

¡Tenés rasón, hijo! que lo diga sino este pobre
rancho, tuito lleno de buracos y goteras.

SILVESTRE

(canta)

No te vengás agachando
Lo mesmo que terutero;
Ya sé que pa el contrapunto
No sós manco del encuentro;
Y si te tenés confiansa,
Bordoníá lo que te guste,
Triste, sielito ó milonga,
Que no hay cantor que me asuste.

EZEQUIEL

¡Me gustó la ronca!

ÑO DAMASIO

(*sonriendo*)

Ansina no saldrán disiendo los mirones... que
les han robáo la plata!

MARTIN

(*canta*)

Yo no me tengo por güeno,
Ni me creo de los piores,
Que ande hay yeguas, potros nasen
Y todos somos cantores.
Mas dispense que le endilgue
Una pregunta tan fiera:—
¿Por qué, si no tienen ubre
Dan leche el molle y la higuera?...

EZEQUIEL

¡Metéle una cuarta á esa carreta que está pelu-
diando!

SILVESTRE

(canta)

Para alvertir que á su sombra
Naidés se duerme imprudente,
Sin que se le brote el cuero
O se le abombe la frente;
Y al que de puro angurriento
Coma, sin pelar, la breva... *(riendo)*
Lo apuren los... simarrones
Y se le paspe la jeta!...

MAURO

(riendo)

¡La pu... jansa qué retruque! ¡si se le dejó cair
con los dos pares!

EZEQUIEL

¡Se le vino sobre el laso!

ÑO DAMASIO

¡Lindaso, muchachos! en la bariada no se han
sacáo ni la oreja. Pero hay salen las chinas y
los están aguardando.

ESCENA III.

Se acercan las muchachas y la vieja, muy paquetas; Lucía le trae á ño Damasio un sombrero de paja y un pañuelo de seda que se lo ata de golilla; Rosa le trae un ponchillo de vicuña, y la vieja un rebenque de plata.

LUCÍA

A ver, tata; lo voy á poner güen moso.

ÑO DAMASIO

(á Lucía mientras le arregla el chiripá)

¡Ah, chinita! con esa pollera de sarasa seleste, esos ojasos y esas trensas negras, paresés una flor de biricuyá enredada al tronco carcomido de este tala viejo...

ROSA

(alcanzándole el poncho)

Con su ponchillo de vicuña, va á quedar más paquete.

ÑO DAMASIO

(á Rosa)

Y vos, una florsita morada de los macachines,
de ésas que se escuenden entre el pastisal, media
agriesita, pero sabrosa.

MARTIN

(entusiasmado)

¡Déme de esa flor un gajo!

ÑO DAMASIO

(riendo)

Cortá si podés; pero ¡cuidáo! no te vas á ensar-
tar en las espinas de esta penca... (señalando á
la vieja, con el rebenque que ésta acaba de
alcansarle).

SILVESTRE

(riendo)

¡Viejo más táura y cosquilloso!...

ÑO DAMASIO

(haciendo una figura como si bailara el
pericón)

¿Viejo?... ¡Sacále la hilacha!... ¡si tuavía dá juego este yesquerito!... Güeno; el que tenga caballo más manso, cargue con esas maletas; (*señalando á las hijas*) porque á mi vieja no se la confío ni á Cristo.

SILVESTRE

(*adelantándose hacia las muchachas*)

¡El mío!

MARTIN

¡El mío es de anca!

EZEQUIEL

¡El mío es más mansito!

MAURO

¡Connigo, patronsita!

ÑO DAMASIO

No se amontonen como gaviotas en la carniada. (*los separa del lado de las muchachas*). Si no alcanza pa todos, hagan como las cabras cuando tienen tres cabritos: mientras dos están mamando... se lambe el otro el hosico!...

SILVESTRE

Lucía: mi pangaré le está destináo.

MARTIN

Y mi escuro, Rosita.

ÑO DAMASIO

Y mi petiso viejo, ña
Trifona. *(se dirigen a-
donde están los ca-
ballos y las alzan en
ancas).*



ÑO DAMASIO

(al peoncito)

Ché, charabón, tené cuidáo del rancho.

CHARABÓN

(aparte)

¡Eso es! ellos de beile y yo enserráo como bor-
rego en el chiquero... ¡Pero algún queso de la
vieja ña Trifona va pagar el pato! *(riendo).*

ÑO DAMASIO

(saliendo con la vieja en ancas)

Que suenen esas vigüelas.

SILVESTRE

(con Lucia, poniéndose al frente para marchar)

Abranlé caucha á este... pavo

Que lleva la Flor del Pago!

(se alejan cantando la huella)



VI.

EL BAILECITO.



Interior de rancho, puerta al fondo, á la derecha grupo de guitarreros, á la izquierda gauchos bailarines conversando con Peñalva, el dueño de casa y el bastonero, Ño Damasio; á un lado, mujeres. De noche.

ESCENA I.

ÑO DAMASIO

¿Ya están templadas las guitarras, muchachos?

GUITARREROS

¡Cómo pa un triunfo, ño Damasio!

ÑO DAMASIO

Güeno; entonces comensaremos por un gato, si les parese.

MAURO

Cómo guste, viejo.

SILVESTRE

Mande nomás, bastonero.

ÑO DAMASIO

Vos, Silvestre, má ver como te portás pa el es-
cobilláo; y áura la mosa... es un compromiso
entre tanto clavel. Mirá, elegila vos; es mejor.

SILVESTRE

¿Me acompaña, Lucía?

LUCÍA

Y si me pierdo... mire que no soy muy ba-
quiiana.

ÑO DAMASIO

Si te perdís... yo te chiflar pa que caigás á
la güeya; pero vas bien acompañada; no tengas
cuidáo.

JUANCITO

*(poniéndose delante del bastonero para que le
designa compañera)*

¡A mí bastonero!

ÑO DAMASIO

(riendo)

Retirá el cuero de la puerta; sos muy tiernito

pa estos calores, y á las muchachas no les gusta
el tapichí; ¡haséte á un láo, vacaray!

MAURO

¿Quiere que saque á Rosita?

ÑO DAMASIO

Pero no te vas arrimar mucho á los ...palos
como lechera al maisal.

*(los guitarreros tocan el gato y cantan mien-
tras las parejas bailan)*

Esa mosa que baila

Merese un beso,

Y el que baila con ella...

Que lamba un güeso.

ÑO DAMASIO

(riendo)

¡Pa qué oreja será esa florsita de cardo!...

(los guitarreros cantan el estribillo)

Vuela la infelis madre

Vuela la inferior,

Que se la lleva el gato,

El gato rabón.

ESCENA II.

(Aparece Calandria en la puerta del fondo y le grita á Silvestre que baila con Lucia, su novia)

CALANDRIA

¡Déme un barato, aparsero!

TODOS

¡¡¡Calandria!!!

CALANDRIA

Saludo á la reunión. *(á Lucia, apretándole la mano con pasión)*. ¡Mi vida!

LUCÍA

¡Servando!

CALANDRIA

(á los guitarreros)

Siga la música, que el gato no ha termináo y mi aparsero Silvestre me ha sedido esta linda compañera.

PEÑALVA

Que siga la música.

(los guitarreros tocan y cantan)

Las muchachas bonitas
Son perseguidas,
Como la asucarera
Por las hormigas.

Vuela la perdís madre
Vuela la perdís,
Que se la lleva el gato
El gato—mis, mis.
Que vení, vení, vení,
Baticopa chirindí.

PEÑALVA

Aura viene la relación.

*(las parejas dan una vuelta y se paran en rueda
frente á los guitarreros para decir la re-
lación.)*

MAURO

Yo te quisiera querer
Pero sofreno mi pingo,
Al pensar que otro dichoso
Tal ves gose tu cariño.

ROSA

Al ñudo andás gambetiando
Como avestrús charabón;
Sí no te quiero nadita
¿A qué me contás tu amor?

MAURO

¡Amarga, la china!

ÑO DAMASIO

(riendo)

Ché Mauro, rascáte y volvé por el güelto...

PEÑALVA

A ver ese pico, cumpa Calandria.

CALANDRIA

(á Lucía)

No pensés que por no verte
Mi amor se ha desvanecido;
Yo soy un gaucho constante,
Y cuando quiero no olvido!

SILVESTRE

¡Ah, criollo! ¡si es como ñudo en la pata!

MAURO

Aguardáte que la morocha es medio ladina.

LUCÍA

Aunque la ausencia te aparte
Y me enlute el corasón,
Podré morir por no verte,
Pero olvidarte, ¡eso no!...

**PEÑALVA**

¡Hija de tigre hade ser, manchada!... Veanló al
bastonero, cómo le rejusilán los ojitos de alegría.

ÑO DAMASIO

Ansina me gustan las chinas; querendonas hasta
la muerte. De éstas dentran poquitas en libra,
amigaso!

SILVESTRE

Se la merese aparsero.

CALANDRIA

¡Pobresita! bastantes lágrimas le cuesta este des-
grasiáo amor.

PEÑALVA

¿Y dónde sale, cumpa? ¿sabe que creíamos que se lo había tragado la tierra? ¡Se corrían malas mentas de usted!...

SILVESTRE

Sí hasta anotisiaron las gasetas que se había augado al bandiar el Uruguay.

CALANDRIA

Es verdá. Cuando me reserté del batallón provincial, disparé en un matungo y los soldaos, que iban muy bien montados, me alcanzaron en la costa y tuve que disparar de á pie por entre un sarandisal;—¡y me meniaron bala de serquita, los locos!

PEÑALVA

¿Y lo hirieron, no?...

CALANDRIA

Sí; aquí en la paleta; pero sangullendo como nutria, pude ganar la isla, y así unos carboneros me tuvieron escondido hasta que una lancha me pasó á la costa Oriental.

ÑO DAMASIO

(riendo)

Por eso sería que te creyeron dijunto; como te vieron coloriar el lomo...

CALANDRIA

Pero cosa mala nunca muere; *(sonriendo)* y me les escapé otra vez, y hasta que pueda meniar las tabas les via dar que hacer... Pero que por mí no se afiambre la diversión, porque si estorbo also el vuelo pa... otra rama.

VARIOS

¡Qué esperanza, amigo!

PEÑALVA

Siga la música.

CALANDRIA

Además, la polesfa ni malisca que ando por aquí —ya creo que me han olvidáo— y por eso vengo á empesar la jugada.

ÑO DAMASIO

(con aire receloso)

¡No es güeno descuidarse, que las carga el diablo!

PEÑALVA

Ché, Juansito, montá y ponete á bombiar por el láo de la picada del Tala, y en cuanto sintás rumor, pegá la güelta á media rienda.

JUANCITO

¡Cómo no patrón! (*se vá*).

CALANDRIA

(*á los guitarreros*)

¡A ver si gime esa prima y si llora esa bordona!

ÑO DAMASIO

¿Un periconsito ó un sielo, muchachos?...

SILVESTRE

¡No, no; que cante la Flor del Pago!

MAURÓ

Sí; que cante la güena mosa.

VARIOS

¡Que cante, que cante!...

CALANDRIA

(ofreciéndole una guitarra)

No se haga de rogar, mi prenda; yo también
se lo pido. Mire que traigo hambre de oír sus
dulces asentos.

LUCÍA

Ya que usted lo desea... *(se sienta al medio,
acompañada de los guitarreros y canta un
triste.)*

Yo soy la blanca paloma
Que en el cardal de la loma
Canta con tristes asentos,
Penas que llevan los vientos;
Yo soy la blanca paloma.



SILVESTRE

¡Ah, chinita! ¡de qué pago será criolla!

LUCÍA

Soy la florsita olvidada
Que tapisa la cañada
En las mañanas de estío;
La que abate el viento frío;
Soy la florsita olvidada.

Soy la gota de rosío
Que llora el sause sombrío
En las lagunas serenas;
La que muere en sus arenas;
Soy la gota de rosío.

PEÑALVA

¡Y llora lindaso!...

LUCÍA

Soy la doliente plegaria
Que en la noche solitaria
Se alza en los cañaverales;
La que gime en los juncales;
Soy la doliente plegaria.

MAURO

¡Oiganlé cómo se queja!

LUCÍA

Soy el eco del quebranto,
La vos anegada en llanto
Del cantar entristesido;
De la guitarra el gemido;
Soy el eco del quebranto.

Soy la estrella que ilumina
De la tapera la ruína;
Soy el rumor que en las hojas
Cuenta las hondas congojas;
Soy la estrella que ilumina.

ÑO DAMASIO

¡Si no vale nadita, la montielera!

LUCÍA

Soy la ilusión, soy la vida,
La dulce prenda querida
Del errante payador;
La que comprende su amor;
Soy la ilusión, soy la vida!...

CALANDRIA

Gracias, Lucía, ¡qué felis me has hecho con tu
triste! siento como si un rosío del sielo me hu-
biera refrescáo el corasón!

SILVESTRE

Hay que contestar al envite, aparsero.

ÑO DAMASIO

Sí; que no se diga que esa Calandria ya no trina.

CALANDRIA

(señalando á Lucia con pasión)

Por ella ¡la vida entera!... *(se sienta, rasguea la guitarra y canta unas trovas.)*

Cuando en la noche callada,
A solas con mi amargura
Atravieso la espesura
Y el pajal de la cañada,
Sobre la verde lomada
De las barrancas del río,
Como un vapor de rosío
Que duerme en los trebolares,
Murmurando tus cantares
Se alsa una sombra, bien mío.

ÑO DAMASIO

Amor con amor se paga.

CALANDRIA

Un rumor estremesido
Del achiral se levanta

Y entre los seibales canta
El boyero junto al nido.
Lansa la sombra un gemido
Al alejarse llorando,
Mientras la aurora borrando
Va las negruras del sielo,
Y mi dolor sin consuelo
Doy al viento sollosando!...

SILVESTRE

¡Se está portando, aparsero!

CAIANDRIA

Brilla el sol resplandesiente
Desde el bajo á la cuchilla,
Y chispea en la gramilla
Una llamarada ardiente.
Inclino triste la frente
Contemplando la llanura,
Porque miro allá, en la altura,
De tu rancho la totora,
Y una torcasa que llora
Cantando su desventura.

Al arroyito de plata
Que conserva entre su arena
Las huellas de mi morena
Y en sus aguas la retrata,
Del juncal á cada mata,
Y al camalotal florido
Bajo á confiar dolorido,
De mi vida la tristesa;
¡Y del monte á la malesa
Vuelve el gaucho perseguido!...



*(Todos aplauden pal-
moteando; las muje-
res felicitan á Lucia,
cuando de pronto se
abre la puerta del
fondo y aparece
Juancito que grita
muy alarmado á Ca-
landria)*

JUANCITO

¡Por la picada he sentido gente; venían al tran-
quilo como pa sorprenderlo!

PEÑALVA

Dispare, cumpa; no se comprometa.

SILVESTRE

El monte está serquita y con esta noche ni el bulto le ván á ver!

CALANDRIA

Si ando ganoso de haserles una entradita pa verles la cara (*riendo*).

ÑO DAMASIO

¡Por mi hija, ¡te lo pido! ¡dispará!

LUCÍA

(*le toma las manos suplicante*)

¡Servando! ¡yo quiero que vivás!...

CALANDRIA

Te obedesco mi prenda, ¡adiós! Hasta muy pronto, compañeros. (*Sale corriendo; á los pocos instantes se escucha adentro su voz de burla provocativa, que grita á los soldados*)
¡¡Aquí está Calandria!! ¡¡No se asusten, máulas!!...

(se siente ruido de sables que se chocan peleando y luego la voz del comisario que grita)
¡Prendanló, prendanló! ¡Por aquí va! ¡Alcan-
senló! *(suena un tiro).*

SILVESTRE

(saca el facón y corre, diciendo)

Yo no dejo que achuren á mi aparsero.
*(se oye la voz de Calandria que se aleja bur-
lando á la partida)* ¡Qué van á alcansarme,
sotretas!... *(se golpea en la boca y se va. Los
gauchos y las chinas salen precipitadamente
por la puerta del fondo y lateral).*



VII.

LA BURLA.



Delante del rancho donde tuvo lugar el bailecito, las mujeres y paisanos comentan el incidente; á la izquierda, en el fondo, Silvestre y Mauro, tendidos en el suelo, están escuchando los rumores del campo. Lucia llora rodeada por las mujeres, y ño Damasio la consuela. Paisaje nocturno con poca luz.

ESCENA I.

ÑO DAMASIO

No estés lloriqueando, chinita; si no le hade pasar nada... ¿Que has bicháo, Silvestre?...

SILVESTRE

¡Nada!... Pero callensé, que por el arroyito

están gritando los teros: si no es una comadreja que les anda ronsiando el nido, á la fija son cristianos.

MAURO

(con aire receloso)

¡O la lus mala!... Fijáte en ese jueguito coloráo que se arrastra por el pasto...

SILVESTRE

(riendo)

No seas bagual, ¡si es uno que viene pitando!

ÑO DAMASIO

(riendo)

¿No viste la escupida?...

SILVESTRE

Ya me soltó un pial, ño Damasio.

MAURO

(con admiración)

¡Si había sido el comisario!!

ÑO DAMASIO

¿Cuál? ¿ese virguliento grandote, con la cabeza como nido de cotorra?

SILVESTRE

El mismo, Masacote; y viene serquita.

ÑO DAMASIO

(riendo)

Metansé los ponchos, muchachos, que el aguasero va chusiar fuerte.

ESCENA II.

Llega Mazacote, tipo de comisario compadrón, de gran melena crespa y rubia tirando á colorada, con muchas picaduras de viruela; viste bombacha, bota de charol y chambergo descansando á un lado sobre la oreja; habla á gritos, echándola de bravucón.

MAZACOTE

(á un soldado que entra por la derecha)

¿No lo alcansaron, cabo?...

CABO

¡Qué esperansas! si iba en un flete como lus,
y en cuanto dentró al espinillal, ya era al ñudo
perseguirlo: si no se vían ni las manos.



MAZACOTE

¡Bandido!... ¡te me has escapáo raspando!

ÑO DAMASIO

(aparte sonriendo)

¡Miá que uña pa pelar mondóngos!

MAZACOTE

(á Peñalva)

Y usté ¿por qué no dió aviso á la autoridá que
ese canalla andaba por aquí?

PEÑALVA

(con altíves)

¡Yo no soy relator, ni bombero suyo!

MAZACOTE

Porque tenés cuatro riales andás muy orgulloso, no! Pero yo sé bajar el cogote á los altaneros; y otro día que querás estar de farra, no te olvidés de pedir permiso. ¡Y ustedes, cuidadito con la chupandina si no quieren ir á dormir la mona en el sepo!... *(se dá vuelta sin saludar y dirigiéndose á los soldados les dice:—Vamos).*

MAURO

(sonriendo)

¡Pero qué humos echa esa leña!

SILVESTRE

¡Lo que es parada y lengua, no le escasea!

ÑO DAMASIO

¡Y más gritón que chimango en la osamenta!...

PEÑALVA

Siento amigos que mi fiesta haiga termináo tan fieramente; pero en cuanto me dé lisenia ese...

táita, los via convidar con una vaquillona con
cuero, pericón y mate amargo!...

ÑO DAMASIO

(despidiéndose)

Güeno; entonses, cada chanco á su estaca.

MAURO

{canta en la guitarra por despedida}

Viva el paisano rumboso,

Y vivan las lindas criollas; *(riendo)*

Y abajo ño Masacote

Que no se páina la porra!...

*(Se sienten gritos de burla de Calandria que
viene huyendo á media rienda; llega hasta
el grupo, saluda con la mano cariñosamente
á sus amigos y á Lucia, y vuelve á huir
burlando al soldado que lo sigue de lejos
taloneando un mancarrón reyuno.*



VIII.

EN LA PULPERÍA.



Pulperia de campo con ventana de reja, á la izquierda; delante del cerco, grupo de paisanos conversando con el gallego pulpero, tipo muy acriollado; en las casas, á la derecha, varias mujeres paquetas andan en los arreglos para la fiesta. Al fondo se ven los postes del andarivel donde ha de correrse una carrera. Al caer la tarde.

ESCENA I.

EZEQUIEL

¡Voy sinco pesos al rosillo!

SILVESTRE

(medio ebrio, bromeando)

¡Pa...vo!

EZEQUIEL

(riendo)

¿Pavo?... Tu agüela.

SILVESTRE

¡Pago, hombre! ¿Querés jugar otros cinco? voy al clinas ruanas del pulpero.

RAYERO

(riendo)

Ya lo llamaste caballo á fio Ramón.

EZEQUIEL

No tengo más plata, cuñáo.

SILVESTRE

¿Por tu hermana, que por la mía no hay cuidáo!

EZEQUIEL

Salí; ¿quien va remontar esa tarasca?

SILVESTRE

(señalando á una chinita)

¿Tarasca?... Mirala, ¡si se te anda cáindo la baba por la china!... pero se me ase que esa lechiguana no es pa tu... trompa!...

ESCENA II.

*(llegan tres jóvenes estudiantes montados en
un petizo muy flaco)*

ESTUDIANTES

¡Felises tardes, paisanos!

EZEQUIEL

Muy güenas.

VARIOS

Apfensé, mosos.

SILVESTRE

(riendo)

Se compuso el baile... ai tráin el arpa.

ESTUDIANTE 1º

(en el mismo tono)

¿Arpa?... ¿no ve que este parejero se ha pasado
de compostura?

SILVESTRE

¡De hambre... es lo que está pasao!

PULPERO



¡Ah, condenáus! ya créiba que nu venían. Déense contra el suelu, muchachus, que allá adentru les tengu encerráu un rudeito de vaquillonas que da calor (*los estudiantes se bajan*).

SILVESTRE

¡Como pa echarles... un pial de volcáo y aflojarles tuito el rollo!

ESTUDIANTE 2º

Parese que le han llenado el ojo, por las ponderaciones.

SILVESTRE

¿Qué ponderaciones?... ya les van á ver la pinta... si han caído unas puebleras con más moñas que una virgen; y de las campiriñas, no le digo nada.

ESTUDIANTE 3º

Pues yo me voy á ver las muchachas (*se dirige á las casas*).

PULPERO

Buenu; dejensé de meniar taba, y vamus á ver la carrera que ya están haciendo partidas. ¡Eh, muchu oju los rayerus! (*se dirigen al fondo y miran hacia el lado donde van á correr la carrera*).

EZEQUIEL

Meniá los pichicos, rosillito; no me vas á dejar como avestrús contra el cerco.

ESTUDIANTE 1º

Va á comer cola, paisano.

SILVESTRE

Ya le tengo los sinco en el tirador; si el bayo es como rejusilo.

ESTUDIANTE 2º

No fasilite tanto; mire que el rosillo no es petiso barrilero.

RAYERO

(con entusiasmo)

¡Ahijuna! se vienen pegaitos los costillares y los corredores con los rebenques alsáos, talonian-dolós no más... ¡lindos fletes!

ESTUDIANTE 2º

Ahora castigan, y el rosillo parese que hase punta.

EZEQUIEL

(alegre)

¡Se viene el rosillo derecho como lista de poncho!

SILVESTRE

Sí; en la raya tocame un... triunfo; ya verás la atropellada del bayo.

PULPERO

¡Veinte pesos á que gana!

ESTUDIANTE 1º

(sonriendo)

Al que gana... ¡mire qué gracia, Don Ramón!

PULPERO

No; diju á que gana mi juachito.

ESTUDIANTE 2º

¡Ah! ése es otro cantar; nosotros también vamos al bayo.

RAYERO

(gritando)

¡Ganó el bayo, cortáo! (*crusan los caballos corriendo*).

ESTUDIANTE 1º

Lo felicito, Don Ramón; tiene usted un pingo de mi flor.

PULPERO

Me alegru que le haiga justáu; está á su disposición (*entra el corredor en pelos, con vincha, arremangado, y dice.*)

CORREDOR

¡Aquí está el ganador!

PULPERO

Buenu, amigus; sirvansé de algu, que el gastu está pagu (*se acercan á la reja y piden copas*).

SILVESTRE

¡A mí, un ticholol!

ESCENA III.

*(Un paisano con el caballo lujosamente aperado
se acerca á la reunión, al tranco)*

CALANDRIA

¡Güenas tardes, amigos!

TODOS

Adiós, amigaso Calandria

SILVESTRE

Aparcero ¿diande sale?

CALANDRIA

Al olor de los pasteles; nianque no me han
convidáo.

PULPERO

(alegre)

¡Oh, matreru! bagate y si traís platita te la
vamos á pelar al truco.

CALANDRIA

Como gustés, galleguito; casualmente vengo
medio enrialáo pues el otro día me desplumé á
unos chilenos troperos.

PULPERO

¿A la baraja, ché?

CALANDRIA

Sí; al monte, al truco y al siete y medio.

PULPERO

Entonces te juego á la taba.

CALANDRIA

(*sonriendo*)

Me vas á ganar... ¡hasde ser muy clavador!

SILVESTRE

(*riendo*)

De cabeza, cuando se le espanta el mancarrón.

EZEQUIEL

O en las cuentas, cuando agarra á un sonso.

PULPERO

Dejensé de chinjoliadas y vayan formando los que tengan platita; porque á la taba nun fío.

CALANDRIA

(*bajándose del caballo*)

Alcansen el güeso, amigos (*se ponen frente, de-*

lante de la raya que hace Silvestre; los paisanos al costado, haciendo apuestas).

¿Querés tirar primero?

PULPERO

Tirá no más.

CALANDRIA

Vamos dies pesos cada suerte y el que eche c...ontrario paga veinte.

PULPERO

Buenu y asigurate el chiripá (*tira Calandria y echa suerte*).

VARIOS

¡Suerte!

EZEQUIEL

Ya desembuchó mis sinco.

PULPERO

Nun cacariés jallitu, que áura me tuca á mí.
(*tira y erra*).

CALANDRIA

(*riendo*)

¡Cu...así la paras, hermano!

SILVESTRE

(en el mismo tono)

De... los burros, sacan lonjas *(tira Calandria y echa suerte)*.

VARIOS

¡Suerte!

EZEQUIEL

Ya entró á perder hasta la carrera.

SILVESTRE

(estorbándole el tiro)

No vas á culanchar, que estoy jugando á tus manos... sucias!

CALANDRIA

(riendo)

¡No lo estorben que esa es... suerte! *(tira Ramón y pierde)*.

PULPERO

(riendo)

¡Pa vos, condenáu! que te me alsás cun cuarenta latas *(le entrega el dinero, entre las bromas de los concurrentes)*.

ESTUDIANTE 1º

(mirando desde el fondo, hacia la izquierda)

¡Adiós, diablo! se nos aguló la fiesta.

SILVESTRE

¿Qué dise, mosito?

ESTUDIANTE 1º

Que por la cuchilla he divisado al guaso de Masacote con dos polisianos, y como Calandria no hade querer encontrarse con él, nos va á faltar esta buena pierna para el baile.

CALANDRIA

Si es por eso, la cosa tiene fácil remedio; me escuendo un rato, y en cuanto Masacote le está pegando á la giñebra y á la sin güeso, muento, lo toreo y me aprieto el gorro,—y á la noche cáigo otra ves, por que él no se va á quedar ni por un queso (*riendo*).

ESTUDIANTE 2º

Sí; pero con los soldados tal vez quiera hacerse el guapo, y ellos de vergüenza lo acompañen y tengamos un batuque del demonio.

SILVESTRE

¡No me jo...robe, cuñáo, si es más flojo que tiento de oveja!

CALANDRIA

Es sierto; en cuanto al sargento Flores, es mi amigo y no me pelea ni aunque lo reyunen, y el pobre soldáo se hade reir de la cosa porque todos lo aborresen á Masacote.

SILVESTRE

(con tono resuelto)

Del melico yo me encargo; en cuanto quiera encojerse, lo dejo sestiando de un taleraso en medio de las guampas!

CALANDRIA

¡Ah, mi aparsero Silvestre! si es más servisia! que un yesquero.

ESTUDIANTE 2º

Entonces escondasé, que ya viene costeando la chacra, cerquita de la tranquera.

PULPERO

Metete con el caballu en el jalpón, que pur ahí nun va nunca ese mamanga (*váse Calandria*).

ESCENA IV.

(Llega Mazacote, el sargento Flores y un soldado)

MAZACOTE

(al pulpero con altanería)

¿Qué tal va la riunión?... ¿No hay algún chu-páo?... ¿Y estos cajetillas, que andan hasiendo pa juera? *(señalando á los estudiantes)*.

PULPERO

Culegiales del Uruguay, amigus que vienen á divertirse; como hoy es el santo de mi custilla...

MAZACOTE

¡Hum!... ¡colegiales!... ¡Buena manga de langosta... pa la fruta pintona!... Farristas y amigos de armar titeo cuando andan en cuadrilla... Pero conmigo no juegan, de miedo á la felpiada!



ESTUDIANTE 1º

(aparte, sonriendo)

¡Otra cosa es con guitarral

MAZACOTE

¿Que está resongando, ché? ¡hable juerte y sabrá quien es Callejas!

ESTUDIANTE 2º

(sonriendo y con aire humilde)

Decíamos... que si gustaba servirse de algo...

MAZACOTE

(muy amable)

¡Ah!... lo que ustedes tomen, amiguitos, pa no desairarlos *(se baja)*.

ESTUDIANTE 1º

Una ginebra para todos, pulpero.

SARGENTO

A mí, con un chorrito de hespeledina *(les sirven y beben)*. ¡A su salud mosada!

VARIOS

A su salud.

SARGENTO

(mirando adonde están las mujeres)

¿Y diande ha rejuntáo, pulpero, este ganáo rabón? ¡Sabe que son güenas mosas! ¡Ah, mis tiempos! cuando me solía dormir escobillando un malambo de sol á sol!...

SILVESTRE

¡Oh! y si lo desea ¿porqué no les hase una entrada? aura no más empieza el baile.

SARGENTO

De ganas se me están desortijando las tabas y me cosquillean los caracúses; pero ya no le quedan más que las posturas á este bichoco viejo! Escarséo al ñudo, Silvestre.

SILVESTRE

¿No quiere que vamos á verlas?

SARGENTO

Vamos, amigaso (*se van*).

ESTUDIANTE 1º

(con aire picaresco)

¿Qué noticias tiene de Calandria, señor comisario?... ¿No disen que ha cáido al pago?



MAZACOTE

¡Mentira! ¡que va cáir!...

ESTUDIANTE 2º

Pero sí la otra noche anduvo gritando entre una manifestación gubernista, en la plaza del Uruguay, cerquita de la Jefatura.

MAZACOTE

¡Mentira! Algún mamáo que quiso hacerse el diablo y jué á dormir la mona en la tipa.

ESTUDIANTE 1º

(*sonriendo*).

Si nosotros lo vimos cuando disparó y á los polisianos que lo segúan de... lejos.

MAZACOTE

(*con tono bravucón*)

¡Como anda bien montáo! Pero á mí no me torea

porque si lo agarro lo via haser bailar á sintarajos! (*acariciando el puño de la espada*).

ESTUDIANTE 2º

No facilite, señor comisario...

MAZACOTE

¡Bah! si es un flojoso que dispara siempre de la partida; ¿por qué no la pelea ya que es tan toro?...

ESTUDIANTE 1º

Porque ésa es su diversión: pifiarla, sorprenderla, desparramarla y huir después para empezar al día siguiente la aventura. Y para este jueguito bárbaro se necesita algo más que un buen parejero!

MAZACOTE

¡Vaya, vaya! me están pintando ustedes un tigre de lo que no es más que un venao!... Guapo era el Boyero, el tapesito que lo acompañaba; ese sabía boliar el anca y peliar.

ESTUDIANTE 3º

(que llega con Silvestre)

Así lo mataron por confiado: creía que no le entraba la bala.

SILVESTRE

(con tono despreciativo)

A cuchillo, contra siete armados de garabina, no es hasaña.

EZEQUIEL

¡Y tuavía le pegaron de atrás!

MAZACOTE

Murió en su ley. Ya quisiera ser como el Boyero ese... espanta viejas... ¡Já, já, já!...

ESCENA V.

(Aparece con las boleadoras en la mano derecha, el ponchillo en la izquierda y atropella á Mazacote diciéndole).

CALANDRIA

¿Con que espanto viejas, no?... y conversadores

como vos, también. Traguesé la lengua con esa giflebra y mandesé mudar al pueblo lijerito, á echar balacas.

MAZACOTE

(retrocede tartamudeando)

¡Me... mató... el punto; cómo hade... ser!

CALANDRIA

(amenazándole la cabeza con las boleadoras)

Los yaguaneses es lo que te vía matar por compadre.

MAZACOTE

(monta de un salto y al alejarse dice con tono sentencioso)

¡Me apretó la batea... pero en el mundo andamos! *(castiga y dispara)*.

CALANDRIA

(gritándole entre carcajadas)

¡Ya que hablás de batea, no dejés de pegarte una buena jabonada en el arroyo antes de entrar al pueblo!

ESTUDIANTE 1º

(*riendo*)

...Para que las moscas no te coman el...
Mazacote.



SILVESTRE

(*en el mismo tono*)

¡Ché!... ¡ché!... y compráte
un páine pa desenredarte la
chasca.

SARGENTO

(*saliendo con el soldado*)

¡Si había sido más flojo que tabaco patria!...
Y tener uno que andar arrastrando la charrasca
detrás de esta basura... (*Al soldado*) Miente, com-
pañero, y vamonós á dar lástima á otra parte...
Adiosito, mosada, que se diviertan. (*se van*).

SILVESTRE

Adiós, ño Flores.

CALANDRIA

Adiós, viejo sorro.

ESTUDIANTE 1º

(canta con tono burlón)

...¡Puro corte con quebrada!...

ESTUDIANTE 2º

...¡Pura porra enaseitada!...

CALANDRIA

(sonriendo)

Y purita espuma como carne de chajá.

PULPERO

Buenu, amigus, me parece que ya es tiempo de
hacerles unas entraditas á las espanadas de mi
patrona.

SILVESTRE

Y que sircule el carlón.

PULPERO

Alcanzará para todos, sinu atropellan.

CALANDRIA

(riendo)

Veanló al galleguito, compadriando.

SILVESTRE

(en el mismo tono)

Pero no tiene dedos pa guitarrero, ni es pa todos la bota de potro.

PULPERO

(lo empuja suavemente)

Calláte, calláte mamádu.

SILVESTRE

Mentís, nación; áura no estoy más que medio puntiáo; pero en cuanto pestañés, me vas á encontrar con la damajuana prendida como botón!...

PULPERO

¡A cumer! y después metanlé farra, muchachos, hasta que las velas nu ardan! *(se dirigen á las casas y salen con las muchachas del brazo; los guitarreros van delante tocando un pericón).*

SILVESTRE

(se acerca á una mujer que ha quedado junto á la puerta; es una china fea y por eso nadie le ha hecho caso; le ofrece el brazo y dice alegremente).

¡Comensó la trilla!

ESTUDIANTE 2º

(bromeando)

¡Peludo!

EZEQUIEL

(en el mismo tono)

¡Largá la mona!

SILVESTRE

*(tironeando á la china que quiere meterse
adentro al ver que los burlan)*

No te encojás, chinonga; si no es pa vos ese
aguasero!... *(se oyen cohetes adentro).*



IX.

LA FUGA.



Interior del rancho de Lucia; puerta á la izquierda, ventana al fondo, varios bancos; en un rincón, sobre una mesa, una imagen de la Dolorosa con una vela que la alumbra. Lucia está de pie junto á la ventana, escuchando muy triste los rumores del campo; viste de luto riguroso. Noche de luna.

ESCENA I.

LUCÍA

¡Si vendrá Servando!... Me escribió que lo aguardara esta noche, que tenía nesecidá de hablarme á solas... ¿qué le pasará?... (*vuelve á escuchar un instante*). Parese que se siente el tranco de un caballo... Sí; ai ha gritáo una lechusa junto al chiquero (*se oye el silbido de*

una persona que llega á caballo, al paso). ¡Ah! ¡ésa es la señal! (corre á la puerta y la abre; luego, bajando la voz) ¡Aquí estoy Servando!

CALANDRIA

(entrando)

¡Mi prenda! ¡cuánto tiempo sin verte! *(mira por la rendija de la puerta y apaga la luz).*

LUCÍA

(temerosa)

¿Cómo has podido llegar cuando hay tanta partida rastríandoté?...

CALANDRIA

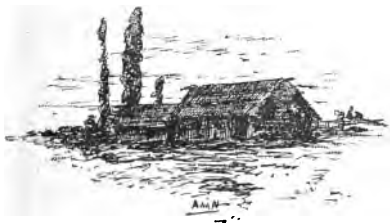
Jugandolés changüí, como siempre. Ayer á la tardesita, en un boliche de Villaguay sorprendí á los soldaos desplumandose á la baraja. Estaban tan entretenidos que no me sintieron llegar; entonses me refalé al corralón donde tenfan los matungos y se los acollaré bien de la cola. Salí, monté y atropellando á la puerta les grité de pronto: ¿Quieren jugar un truco con Calandria?

LUCÍA

¡Qué loco!

CALANDRIA

Por supuesto, se alborotó el avispero; los mélicos maniandose con los sables dispararon al corralón; y lo que montaron pa perseguirme, cemen-saron á dar güeltas tironiándose de atrás como ternera que garronean los perros... (*riendo*) mientras yo desde la esquina les hacía: ¡chumalé, chumalé!... Después gané Montiel al tranquito y en cuanto serró la noche rumbié pa tu rancho.



LUCÍA

(*anhelosa*)

¿Y no te seguirán el rastro?

CALANDRIA

¡Qué esperanzas! no son capaces de pegar una galopiada semejante.

LUCÍA

Y ¿qué querías desirme?...

CALANDRIA

¡Qué vengo á robarte, mi alma!

LUCÍA

(con sorpresa)

¡Estás loco! ¡cómo voy á dejar sola á mamita áura que nos falta tata!...

CALANDRIA

Tendrá que conformarse á lo que ya no tiene remedio, y nos perdonará.

LUCÍA

(llorando)

¿Por qué me exijís esta nueva prueba?

CALANDRIA

(con pasión)

Porque ya no puedo aguantar esta vida... porque la soledá, la tristesa, la falta de tu cariño,—único bien que le queda á este desgrasiáo,—me van matando lentamente!... Por eso vengo á pedirte que nos vamos lejos, á la tierra Oriental,

donde no nos faltará un alero pa guaresernos,
y á mí, trabajo pa que no pasés nesidades.

LUCÍA

No; yo no le doy esa pena á mama...

CALANDRIA

(*con amargura*)

¡Desí más bien que ya no me querés!...



LUCÍA

(*abrazándolo desesperada*)

¡Contodita el alma!... Pero no me pidás eso...
¡es imposible!

CALANDRIA

(separándose de sus brazos)

¡Adiós, entonses! ¡Pero sabelo: áura mismo voy á buscar á la partida, y donde la encuentre boleó la pierna, le pego un lasaso al caballo pa que no me quede ni la esperansa de salvarme, y me hago descuartisar á puñaladas!...

LUCÍA

(lo retiene enloquecida y exclama con un grito de pasión)

¡Soy tuya hasta la muerte! Vamos.

(Cae desvanecida en brazos de Calandria, que la estrecha con ternura un instante. Al mismo tiempo se ve llegar un grupo de gente con ponchos y pañuelos que les cubren la cara; el que los manda se acerca á la puerta y sintiendo que el matrero está adentro, exclama con voz de mando.

SALDAÑA

¡Rodén el rancho, que el pájaro está adentro!

CALANDRIA

(con desesperación, alzando las manos al cielo)
¡Maldita sea mi estrella!

LUCÍA

(abre la ventana y le dice con voz apagada)
¡Por aquí, Servando, dispará!

CALANDRIA

*(salta á la ventana, se desata un pañuelo del
cuello y se lo alcanza diciéndole)*
¡Mi vida, pa recuerdo por si muero!

LUCÍA

*(cayendo de rodillas delante de la Virgen, se
cubre el rostro lloroso con el pañuelo y ex-
clama suplicante.)*
¡Virgen bendita, salválo!



X.

REDENCIÓN.



Al costado del rancho de Lucia, varios hombres emponchados han rodeado á Calandria y le provocan burlándolo, porque le han quitado el caballo y no puede huir.

ESCENA I.

SALDAÑA

(con tono de burla)

¡Al fin cáiste!

FLORES

¡Entreguesé, amigo!

SILVESTRE

Es al fudo resistirse; venimos bien montáos y no se miá dir sin que le faje las patas *(lo amenaza con las boleadoras)*.

CALANDRIA

(con el facón en la derecha y el poncho en la izquierda, atropella á Silvestre)

No cantés vitoria, que tuavía no me han ganáo la partida *(le tira un hachazo á la cabeza, que el otro para con el rebenque)*. ¡Atajáte ésa!



FLORES

(lo atropella, diciéndole con voz de burla)
¡Áura vas á saber, bandido. quien es Masacote!

SALDAÑA

¡Me la pagaste, matrero!

CALANDRIA

(reconociéndolos con mucha sorpresa)

¡¡Ustedes!!...

SILVESTRE

(riendo á carcajadas)

¡Te pitamos, hermano!

CALANDRIA

¿Pero qué es esto?...

SALDAÑA

Yo te lo viá á esplicar, resertor. Pero aserque-
monós al fogón; y vos, Calandria, dame aquel
mate que te mandé sebar en la costa de Guale-
guay... ¿te acordás?

CALANDRIA

(sonriendo)

¡Ya lo creo!

*(Se acercan al fogón y Calandria ceba rápida-
mente el mate, para lo cual el fuego debe*

estar encendido bajo la ramada, y la pava con agua caliente como se usa en Entre-Rios en donde la leña abunda y los gruesos tizones están encendidos siempre para tomar mate ó churrasquear en cualquier momento.)

FLORES

(riendo)

Si cuando la seca es larga, no hay matrero que no caiga.

CALANDRIA

(alcanzándole el mate con el sombrero en la mano)

¡Sirvasé, mi capitán!

SALDAÑA

(señalándose las presillas de mayor)

¡Alsá la prima, recluta!

CALANDRIA

(se cuadra y le dice alegre)

¡Mi mayor... no había reparáo!

SALDAÑA

Estás disculpáo por tu jefe (*devo!viéndole el mate*) y perdonáo por el gobierno, también: así tenés el indulto (*le da un papel*).

CALANDRIA

(*dudando*)

¡Yo indultáo!... (*examinándolo á la luz del fogón*). ¡Si parece que estoy soñando!!...

SILVESTRE

¡Y tuavía falta lo mejor!

FLORES

Suelte el rollo, pues, ño Saldaña.

CALANDRIA

Sí, mayor desembuche, por su madresita, que me está comiendo la curiosidá!...

SALDAÑA

¡Alguna ves había de echar suerte la taba! Pues un día cayó á mi rancho un pueblero muy

ladino pidiendomé que lo apadrinara con mi gente, que andaba por ser diputáo. Me gustó la pinta del pollo, convidé á los amigos del pago, juímos á las votaciones y aunque nos quisieron jugar susio los del gobierno, ¡jué pucha! se las ganamos sin castigar!

CALANDRIA

(con interés creciente)

Siga, mayor...

SALDAÑA

Que no se durmió en las pajas el mosito. Al poco tiempo no más lo hisieron menistro, ai juntó platita y áura quiere haserse estansiero.

FLORES

Es un criollo ...¡ansí! Parejito como tiento de laso, desde la argolla á la presilla! Una ves le fi á llevar unas sándias que le mandaba ño Saldaña, y me resibió tan lindamente que hasta matiamos juntos; y á la noche me mandó á los volantines con un cuñáo.

SILVESTRE

(mostrándole un rico puñal de plata)

Ché Servando, fijáte en este envenáito con que me osequió porque le domé un bagual pa su silla; de revés corta un pelo en el aire, y de punta es, capás de bandiar un fiandubay.



SALDAÑA

Ese es el patrón de la estansia que voy á poblar como mayordomo... ¿querés ser mi puestero?... todos éstos me acompañan...

CALANDRIA

(alegre)

Llevemé ni aunque sea pa descascarriar ove-

¡as!... Pero ...;cómo han podido boliarme tan fieramente!...

SALDAÑA

(*sonriendo*)

¡Bah! campíandote en la querensia... (*señalando á Lucia y la madre que presencian la escena desde la puerta del rancho.*)

SILVESTRE

Sabíamos por Lusía que habías de venir y dende ayer te estamos bombiando en ese chañaral.

FLORES

(*riendo*)

Si pastoriando la vaca el ternero no se va.

CALANDRIA

¡Mayor, á usted le debo tanta felisidá!

SALDAÑA

No; á Flores, que siempre andaba atrás de mí pa que me empañase con el menistro.

CALANDRIA

(abre los brazos para estrecharlo)

¡Gracias, viejo gaucho!

FLORES

(rechazándolo suavemente y señalando á Lucia que con la madre se van acercando al grupo)

A mí no; á esa mosa que bastantes veces me ha estrujáo el corasón al verla llorar por vos. ¡No sabés lo que vale la prenda!... *(con reproche cariñoso)*. ¡Y te la ibas á alsar esta noche como á oveja ajena!

CALANDRIA

¡Qué quiere, ño Flores! la desesperación me había enloquecido: pero le juro que no le faltáo!...

ESCENA II.

ÑA TRIFONA

(se adelanta y presenta á Lucia de la mano)

Es tuya Servando.

FLORES

Mas enantes tenés que arreglarte con el flaíre, como manda la lay! ¡Ya sabés que dende que murió mi compadre Damasio, yo saco la cara por su familia!

CALANDRIA

(separándose de los brazos de Lucía)

¡Mayor, usté me vuelve la vida; con qué le pagaré lo que le debo, si mi corasón no es bastante grande pa enserrarlos á tuftos los que me han favoresfo en la desgrasia!

(Vacila un instante, luego se dirige al caballo que está en el fondo, lo acerca al grupo poniéndole la mano en la cruz como para montar, cuando le gritan alarmados.)

FLORES

¡Oh! y este loco está por juir otra vés!...

SILVESTRE

¡Aparsero!...

LUCÍA

¡Servando!...

ÑA TRIFONA

¿Qué vas haser?...

CALANDRIA

(Como si no los hubiera oído, desdobla el cojín, saca una daga que lleva entre las caronas, la mira un instante como despidiéndose para siempre de aquella fiel compañera de tantas aventuras, y sacudiendo la cabeza la clava cimbrando en el suelo, de un golpe de revés, y exclama con resolución.)

¡Estoy vencido!... *(toma el caballo del cabresto y acercándose á Saldaña se lo presenta diciéndole.)*

Mayor: después de mi Lucía, ésta es la prenda que más apreséo; se la ofresco en cambio del pa-rejero con que me le alsé aquella mañana.

SILVESTRE

(con entusiasmo)

¡Y es un flete soberano!

FLORES

¡Como pa alsar en las ancas á la más linda pueblera!

SALDAÑA

Lo estrenaré con mi ahijada (*señalando á Lucía*) el día del casorio en la estansia, pa cuya fiesta pienso echar el resto (*todos aplauden y felicitan á la pareja que está al centro, estrechándose la mano.*)

ÑA TRIFONA

(alegre)

¡Viva el padrino!

TODOS

¡Viváaa!...

SALDAÑA

Gracias. ¡Vivan los novios!

TODOS

¡Viváaa!...

SILVESTRE

¡Que viva Calandria!

CALANDRIA

No;

Ya ese pájaro murió
En la jaula de estos brazos (*á Lucia*);
Pero ha nasido, amigazos,
El criollo trabajador!...

Buenos Aires, Marzo 25 de 1896.





ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
ADVERTENCIA.....	7
JUICIOS CRÍTICOS.....	9
CALANDRIA.....	75
I.—El prisionero.....	79
II.—Barranca abajo.....	101
III.—La tapera.....	109
IV.—Vida de matrero.....	119
V.—La Flor del Pago.....	129
VI.—El bailecito.....	151
VII.—La burla.....	171
VIII.—En la pulpería.....	179
IX.—La fuga.....	207
X.—Redención.....	217



*Este libro se acabó de imprimir
en Buenos Aires
en el Establecimiento Tipográfico
de Ivaldi & Checchi
el 15 de Noviembre
de 1898.*



before
Five cents a day is
it beyond the
return promptly.

